

Bernardita Moena C

El Jardín de mi niñez



Derechos reservados 2014

© Bernardita Moena

Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin la autorización del autor

Inscripción Registro Intelectual: 236.874

ISBN: 978-956-353-705-5

Editado por: www.escritores.cl

Capítulo I

En un luminoso día de primavera a fines del siglo XIX, Julie se encontraba en medio del hermoso parque de su castillo, observando cómo retiraban la puerta del jardín escondido tras el muro y la tupida enredadera de hiedra. Sobre esa enredadera pensaba poner una de rosas rojas silvestres, haciendo un arco con ellas en el lugar en que se encontraba la entrada.

Adoraba ese jardín salvaje, pues le dio la felicidad que tanto anhelaba. Se fue caminando por el césped entre las enormes encinas, recordando todo lo sucedido en su novelesca vida; se sentó en un banco, frente a la laguna de cisnes de cuello negro, que nadaban felices con sus nuevas crías. Como era primavera todo florecía, también sus pensamientos; cerró los ojos y recordó:

Era muy pequeña, estaba en otro país, EEUU, más precisamente en Nueva York. Muy temprano en la mañana, su niñera la vestía apresuradamente, mientras caían lágrimas de sus ojos, se llamaba Helen.

-No quiero levantarme dijo Julie, es muy temprano ¿por qué lloras?

Helen, que era una joven alta, robusta, de rostro bondadoso, una criatura que no tenía a nadie en el mundo, solo a esta familia que la había acogido, después de sacarla de un Orfanato, pensó que debía decirle la verdad a la niña de cinco años.

-Tus papás no llegarán más mi amor, se fueron al cielo mientras navegaban de vuelta al hogar.

-Entonces no nos quieren ¿Por eso lloras, verdad?, porque no nos quieren, por eso no volverán.

-No mi niña, no es así.

Helen debió explicar que hubo una tormenta que hizo zozobrar el navío, muriendo todos los tripulantes y pasajeros.

Julie no lloró, porque la mayor parte de su tiempo la pasaba con Helen y ella estaba ahí atendiéndola como siempre. Sus padres viajaban mucho a Inglaterra pues tenían negocios allá. Su madre era una mujer muy liberal, más esposa que madre, prefería acompañar a su marido, a quedarse en el hogar.

Hicieron un largo viaje, debieron navegar a Inglaterra hasta el puerto de Londres y luego recorrer en coche largas extensiones, hasta llegar al lugar de su destino. Este coche las esperaba al bajar del barco.

Julie era una niña tranquila, menudita, de cabellos rubios peinados en dos gruesas trenzas largas, de ojos grandes, expresivos, cambiantes, como el color del tiempo, de rostro agraciado. Ambas tenían miedo, se encontraban más unidas que nunca, pues no sabían qué les esperaba. Solo lo que le había dicho a Helen el abogado del padre de Julie; que debían marchar a Londres porque allí vivía el único pariente que la niña tenía.

Cuando el coche se detuvo, Helen se asomó para reconocer el lugar. Era un hermoso castillo, que había sido mandado a hacer por los bisabuelos del actual dueño, con una fachada sencilla, simple. Margaret Duflau era de origen francés y adoraba el estilo rococó, un movimiento artístico nacido en Francia, entre 1720 y 1740. En todo caso, lo más destacado de los rococós era

la distribución interna. Había estancias especializadas para cada función, con una distribución muy cómoda. Se combinaban la ornamentación, colores y mobiliario. Este estilo fue perfecto para las residencias de la nobleza y la alta burguesía, ya que poseían los medios económicos para hacerlo.

En su tiempo Margaret presionó tanto a su marido, que éste que era un noble muy rico cedió a los caprichos de su mujer. Ahora estaba en poder de su único heredero.

Cuando el coche se detuvo, la niña estaba dormida, Helen la despertó, quedaron impresionadas. Inmediatamente se abrió la enorme puerta de entrada, apareciendo el mayordomo a recibirlas, Patrick, perfectamente uniformado. Rubio, medio calvo, de tamaño mediano con modales respetuosos y precisos. Tomó a la niña en brazos, ordenando a dos doncellas que venían tras él, también perfectamente uniformadas, que ayudaran al cochero a bajar los baúles.

Estaban a comienzos de primavera, hacía frío, pero era hermoso el atardecer.

Una mujer flaca, alta, nerviosa, de rostro afilado, nariz larga, ojos penetrantes, ligeramente encorvada, de cierta edad, también con uniforme, se agregó al grupo. Era el ama de llaves, Abigaíl. El mayordomo dejó a la niña en el suelo, dando las instrucciones, para que las condujeran a sus aposentos. Se hallaban en el amplio vestíbulo de entrada y se dirigieron a una enorme escalera de mármol que había sido del gusto del bisabuelo, Thomas Hamilton. El edificio era de dos pisos enormes. Abigaíl las condujo por la escala. Después de recorrer por unos pasillos muy iluminados y cubiertos de alfombras, todo decorado con un gusto

exquisito, las paredes con hermosos cuadros, muebles al estilo rococó adornando el lugar, llegaron a un hermoso dormitorio inmenso, con dos camas separadas por un velador verdaderamente artístico, con adornos y un bello candelabro de bronce con tres velas, encendidas ya.

Allí Abigaíl se dirigió a Helen, explicándole que dormiría con la niña, cada una en su cama, mientras fuera pequeña, que además debía usar uniforme. A la mañana siguiente se presentaría donde se reunían los criados para recibir las instrucciones del día, recibiría también su ropa. Luego desayunaría con el resto de los empleados. Después llevaría el desayuno a Miss Julie, la pondría presentable para la reunión que tendrían ambas con “Lord John James Hamilton, Barón de Rochester”, Mr. Patrick el mayordomo, las llevaría, estarían ahí a las 9 A.M. en punto.

Esa noche Helen no durmió nada, le costó mucho hacer conciliar el sueño a Julie que lloraba de miedo, pues ya le temía al Barón. Helen la consoló lo más que pudo, pero tenía tanto temor como la niña, no sabía qué haría en un tiempo más. Por ahora, según parecía, la dejarían, pues le habían asignado una cama a su lado, pero si no les agradaba ¿qué sería de ella? No tenía a nadie en el mundo, no sabría donde ir. Su situación era muy incierta, además ¿con qué clase de hombre se encontraría su niñita, a la que cuidaba desde su nacimiento y a la cual quería como una hija?

A la mañana siguiente Julie y Helen se encontraban con Mr. Patrick, fuera de la biblioteca de Lord John, esperando la hora exacta, para golpear la puerta a las 9 en punto. Mientras esperaban, sentadas en unos hermosos sillones de color granate fuerte, el mayordomo de pie mirando su reloj de bolsillo, Julie

y Helen contemplaban el hermoso reloj de pared que estaba a punto de dar la hora. Era de oro con varios ornamentos, sus corazones latían cada vez con más fuerza a cada segundo que pasaba ¿Qué sería de ellas? Solo unas palabras de este hombre desconocido que estaba tras la puerta, resolvería sus destinos. Como sucede en los momentos más complicados de nuestra vida, ambas se dedicaron a estudiar el reloj tipo rococó que estaba en la pared, pronto daría la hora, haciendo sonar su péndulo.

El reloj sonó, Patrick esperó el último vibrar y dio tres golpes en la puerta de linda madera. De inmediato contestó una voz ronca, extraña, que dijo:

-Adelante...

Capítulo II

El mayordomo abrió la puerta, saludó, presentando a la niña y la joven. La niña iba con un hermoso vestido rosado, bajo la rodilla, de manga larga, que le dejaba ver sus calzones también rosados, pasando del vestido, cubiertos de vuelos. Llevaba unas medias blancas gruesas y unos botines negros de charol. Un sombrerito en su cabeza del mismo color rosado, a través del cual salían sus hermosas trenzas.

Helen tenía puesto su uniforme, se sujetaba el cabello con una cofia blanca. Ambas hicieron una genuflexión, al saludar al hombre que se encontraba sentado frente a un hermoso escritorio, estilo Chippendale, que venía a ser como el rococó inglés, con mezcla de chino y gótico, más austero que el francés. Su silla era del mismo estilo. La habitación era enorme, las paredes cubiertas de estanterías con libros y un altillo en el cual también los había.

El Barón, un viejo flaco, arrugado, que cuando joven debió ser bastante bien parecido, pero que ahora inspiraba temor, tenía unos ojos pequeños, casi sin pestañas y cejas espesas. Una avanzada calvicie coronaba su cabeza semi canosa, de rostro aguileño y labios delgados. Se notaba que era un aristócrata, así como a un caballo fino se le vislumbra su sangre pura. Se encontraba elegantemente vestido, de negro, camisa blanca de cuello alto y corbata de moño.

Se quedó mirando fijamente a Julie, ni siquiera se fijó en Helen.

-Así que tú eres la hija de Robert, dijo, bueno, vivirás aquí conmigo, pero desde ya te advierto, que a mí no me gustan los críos. No te quiero ver en mi camino, solamente a las horas de comida, deberás ser muy puntual. Mañana llega Miss Marion, ella será tu institutriz, te enseñará modales, te instruirá, preparándote para todo lo que debe aprender una niña, para desempeñarse como una señorita.

-Tú, dijo dirigiéndose a Helen, estarás encargada de su limpieza, de acompañarla en sus juegos, y te preocuparás de su puntualidad. Dormirás con ella, porque aún es muy pequeña. Eso es todo, si no tienen preguntas, pueden retirarse, los horarios de la vida en esta casa, se los dará el ama de llaves.

-Señor, dijo Julie, muy tímida, ¿cómo debo decirle? ¿Tío?

-Lord John, dijo éste y tú, agregó mirando a Helen, Milord.

-¿Podemos andar por el parque?, preguntó Julie.

-Puedes jugar allí si lo deseas, cuando no esté muy frío, no quiero problemas con críos enfermos.

Y mirando a Helen.

-Tú la acompañarás, serás responsable que no le pase nada. ¡Contesta mujer, me quedas mirando como si no oyeras!

-Sí, Milord, contestó Helen muy despacito, pues el miedo la paralizaba.

-¿ Puedo venir a la Biblioteca? Se atrevió a preguntar Julie.

-Por ahora con tu institutriz. Hay otra habitación al lado, tan grande como ésta, que es la continuación

de la misma, y señaló una puerta. Cuando estés más crecida podrás venir sola. ¿Algo más?, agregó.

-¿Hay otros niños? Dijo Julie.

-¡No, por Dios, me vuelven loco los críos! ¡Ah, sí!, el hijo de la cocinera, pero no cuenta, porque casi no se ve. Bueno, ya, suficiente, pueden retirarse.

Ambas salieron rápidamente, dirigiéndose a sus habitaciones.

Julie se puso a llorar abrazándose a Helen, le tenía mucho miedo a ese desconocido, no le podía decir ni siquiera tío.

Hacía frío, pero había sol, de modo que salieron a pasear al parque. Era hermosísimo, tenía un césped muy cuidado, macizos de flores ya empezaban a dar botones. Unas encinas enormes, añosas, en un camino hacia una inmensa laguna con cisnes de cuello negro. Sauces junto a la laguna.

Toda clase de árboles adornaban ese hermoso lugar, formando un verdadero bosque en algunas zonas. Más allá corría un riachuelo, atravesado por un puente; para la niña era como un cuento de hadas. Pajarillos de todos colores cantaban sus melodías. Ardillas y cervatillos lo poblaban.

De pronto arrodillado en un macizo de salvias rojas, vieron a un hombre con un niño.

-Buenos días, dijo Helen.

-Él gruñó, en vez de contestar.

Luego se levantó y señalando un enorme muro cubierto de enredaderas de tal manera que apenas se notaba que lo era, dijo:

-Está prohibido terminantemente acercarse a este lugar, si Milord se entera que andan por aquí se enfadará mucho, las castigará. Yo, Wilfred, estoy encargado de impedir que esto suceda.

Mientras tanto el niño y Julie se miraron. El pequeño tendría unos siete años, era rubio, de ojos azules, espigado, se sonrió, ella contestó a su sonrisa. Desde entonces se harían inseparables.

Wilfred las miraba indignado, porque ellas no se movían.

-¡No escuchan lo que les digo!, gritó con el rostro transformado de ira.

Entonces Helen tomó a la niña de la mano y salieron corriendo hacia el fondo del parque, llorando, pensando ¡qué misterio!, ¡qué horror! habría tras ese muro...

Capítulo III

Julie y Helen no pararon de correr hasta llegar al puente que atravesaba el riachuelo, lo cruzaron y se encontraron con un bosque de eucaliptus que subía por un cerro, lo escalaron sollozando, hasta llegar a una pequeña laguna rodeada de pastizales. El agua era cristalina, brillaba al sol. Allí se sentaron en el suelo, abrazándose para consolarse mutuamente. Estuvieron bastante tiempo así.

De pronto Helen sobresaltada, recordó que debían haber ido donde el Ama de llaves a preguntarle los horarios que regían el castillo.

-Julie, mi niña, dijo, no fuimos donde Miss Abigaíl, y no sé qué hora es.

Julie se puso pálida, ambas se aterrorizaron, el Barón había insistido en la puntualidad.

-Volvamos de inmediato, dijo Helen, tratando de buscar el puente para regresar, pero mientras más buscaban más se perdían. Julie se puso a llorar, Helen la tomó en brazos. Hacía ya media hora que caminaban sin sentido, cuando sintieron una vocecita que gritaba ¡Miss Julie!, ¡Miss Julie!

-Aquí, dijo Helen. Estaban sucias, despeinadas, con los golpes de las ramas de los árboles y los tropezones. La niña se había caído al lado de la laguna, pero ambas se sintieron felices al ver al muchachito que recién habían conocido. Cuando éste las encontró, quedó impresionado, porque estaban impresentables.

-Vamos pronto, dijo, Miss Julie debe estar a la una y solo faltan diez minutos.

-Pero no podemos ir así, contestó Helen, debemos lavarnos y cambiarnos ropa.

-Deberán hacerlo, pues Milord las castigará, aseveró Thomas.

Cuando llegaron estaban dando la una en punto, entraron al comedor, el Barón se estaba sentando, no se percató que la niña estaba despeinada, con las cintas del gorro sueltas. Una la había perdido, su carita estaba sucia por las lágrimas y la tierra, su vestido manchado de barro. ¡Qué decir de Helen! No llevaba su cofia y su moño se había soltado, además del barro de sus zapatos y delantal.!

Ambas saludaron.

-Buenas tardes Milord, dijo Helen,

-Buenas tardes Lord John, dijo a su vez Julie, e hicieron una genuflexión.

-Buenas tardes, contestó el Barón, mientras un criado le acomodaba la silla.

Helen hizo lo mismo con la niña.

Cuando el Barón las miró se puso furioso.

-¡Qué falta de respeto es ésta! te dije que debías preocuparte de la limpieza de la cría y osas desobedecerme, a la próxima te vas volando de aquí. Ella se quedará sin almuerzo y tú te presentarás donde Miss Abigaíl para que te dé un castigo, tampoco almorzarás. Quiero a la muchacha a la hora del té, limpia, presentable. A las cinco en punto; salgan de aquí. Ambas temblaban de pies a cabeza. La joven llevó a la niña a sus aposentos, buscando una manzana y queso que tenía guardados del camino en coche.

Julie no quiso nada. La dejó tendida en su cama,

dirigiéndose a la pieza de servicio, donde encontró a Abigaíl. Ésta ya estaba enterada de lo ocurrido. Los rumores corrían por el castillo como el viento.

-De modo que has osado desobedecer al Barón. Deberás limpiar todo el servicio de plata esta tarde, sin almorzar. Recuerda que primero debes preparar a Miss Julie para el té. Luego lavarte y cambiarte tú. Te pondrás a trabajar rápidamente porque a las cuatro y media eso debe estar terminado. Te lo pasaré contado y me lo devolverás contado y bien limpio, dijo la vieja con su indiscutible cara de bruja.

-Si, Mistress...

-¡No, Miss Smith!, dijo la mujer, que parecía gozar con el castigo.

Cuando Julie llegó a la hora del té a las cinco en punto, el Barón tenía una visita, Mistress Rose Katherine Woodward, una hermosa y elegante señora, con el pelo recogido en un moño hecho de rizos y pequeñas trenzas y cubierto por un sombrero con flores. Usaba una sombrilla y un lindo vestido con polisón, o sea una almohadilla puesta en la parte interior del trasero, para hacerlo más abultado. Llevaba una falda y una sobrefalda con encajes y vuelos en forma de cascada, la parte anterior era plana. Un corpiño blanco y una chaquetita ajustada de color azul completaban la tenida. La falda tenía todos los matices de colores desde el rubí, al rosado pálido, tanto en el género como en los volantes.

Su cabello era de un rubio dorado. Ella dijo:

-¡Qué encantadora niña! John, ¿ésta es la hija de Trinidad? Es igual a ella, se parecen como dos gotas de agua.

El Barón se turbó, contestando secamente.

-No, es la hija de Robert, mi sobrino.

Helen y Julie notaron la turbación.

¿Quién sería Trinidad, y por qué Julie se parecía tanto a ella, si nunca la había oído nombrar?...

Capítulo IV

Una vez que Julie terminó su té, con unos pastelillos, Lord John ordenó a Helen que se retirara con ella. Se despidieron de Mistress Woodward regresando a su habitación.

Allí Julie preguntó a Helen si había oído nombrar a esa señora Trinidad.

-Nunca, dijo Helen.

-¿Quién sería? ¿Por qué me parezco tanto a ella? Además tiene un nombre español.

-No lo sé mi niña, contestó Helen, pensando que siempre se encontraban con incógnitas, que nadie les aclaraba. El miedo se estaba apoderando de ellas, pues recordaron la cara de turbación del Barón, cuando Mrs. Woodward hizo la observación del parecido entre Julie y esa señora desconocida.

-Debemos averiguarlo, Helen, dijo Julie, que era una niña muy inteligente para su edad.

-Sí, pero no sé cómo.

-Se lo preguntaré a Thomas, contestó la pequeña.

-Iré a tomar el té, ya que no he comido nada. Volveré pronto para que nos paseemos por el parque, tal vez allí encontremos al niño, repuso Helen.

Cuando la joven volvió, salieron a caminar, encontrando al pequeño amontonando leña en un enorme cobertizo, en el cual también se guardaba la comida de los caballos.

El niño sonrió, Helen y Julie empezaron a ayudarlo.

-No, dijo el muchachito si Miss Abigaíl, o Mr. Patrick las ven se enojarán mucho con los tres. Solo trabajaré un poco más, luego las acompañaré a caminar.

Mientras caminaban Julie dijo:

-Thomas, ¿tú sabes quién es Trinidad?

-No, dijo Thomas, desviando la mirada, aquí está prohibido preguntar sobre lo que uno escucha. El Barón castiga cuando se entera que alguien trata de saber algo del pasado.

-Pero por lo que veo, acotó Helen, tú has oído hablar de ella.

-Sí, respondió Thomas, a quien no le gustaba mentir, pero mamá me ha prohibido meterme en nada, si queremos vivir tranquilos.

-Tu mamá, ¿es Mrs. Ann Wilson?, preguntó Helen.

-Sí, contestó Thommy, pues así le decían.

-Ha sido muy buena conmigo, dijo Helen, me ayudó a limpiar el servicio de plata y ahora me dio más de comer, debido a que no había almorzado.

-Mamá es así, todos la quieren. Vamos a la cocina y se la presentaré a Miss Julie.

-Thommy, dime Julie, dijo ésta.

-No puedo Miss, si el Barón se enterara me pegaría en la boca.

-Pero cuando estemos solos, como ahora.

Thommy sonrió, entraron a la casa dirigiéndose a la cocina.

A mediados del siglo XIX, la cocina de los ricos era similar a las grandes cocinas europeas, en ellas trabajaban gran cantidad de personas y por contraste

en el otro polo social la cocina era el brasero instalado en una pieza cualquiera del conventillo. Los progresos técnicos, como lo fueron la batería de cocina y sobre todo el horno, transformaron las cocinas en lo que los grandes chefs bautizaron como un “laboratorio”. En las casas burguesas era un espacio totalmente separado del resto de la casa y que incluso tenía una puerta de servicio. Se llegó a situar en el sótano o al final de largos pasillos. Los utensilios usados comenzaron a ser muy abundantes: balanzas, escurridores, servicios de cubiertos, baterías, sartenes, tarros de especias, etc.

Allí había verdadero calor de hogar, una mujer gorda, bonachona, de rostro agradable los recibió sonriendo ampliamente. Llevaba una cofia que le cubría todo el cabello y un delantal con mangas largas. Los tres sirvientes que trabajaban con ella, estaban comiendo en esos momentos.

-¡Thommy, qué haces, cómo traes aquí a la señorita!, dijo ella.

-Nosotras se lo pedimos Mrs. Wilson, contestó Helen.

Se sentaron en unos pisos alrededor de una gran mesa, era una enorme cocina. Pasaron unos instantes muy agradables con la mamá de Thommy.

Después vino el momento desagradable de la cena, en la cual el Barón no habló palabra, más que para recordarle a la niña, que a la mañana siguiente, llegaría muy temprano Miss Marion. A las ocho de la mañana debía estar en la Biblioteca con Patrick, para presentarlas e iniciar su educación, debía obedecerla en todo, era muy estricta, estaba autorizada para darle reglazos si no obedecía o no hacía sus tareas. Las clases serían todas las mañanas hasta el mediodía.

Julie lloró nuevamente abrazada a Helen, estaba terriblemente atemorizada por tantas emociones y misterios.

¿Cómo sería esa mujer? ¿si le pegaba por cualquier cosa? Sus padres nunca lo hicieron, tampoco fueron cariñosos, pero jamás la golpearon. Claro que Julie era una niña tan buena, tan dócil.

A la mañana siguiente ambas se encontraban con Patrick frente al reloj, esperando la hora para entrar, como la vez anterior, cuando conocieron al Barón. El mayordomo miraba su reloj de bolsillo y ellas el de pared. Cuando sonaron las ocho campanadas, Patrick golpeó la puerta.

-Adelante, dijo el Barón.

La niña saludó junto con Helen, sintiendo que sus piernas le temblaban y su corazón saltaba con violencia. Helen se sobresaltó al ver a la institutriz, algo se remeció en su cerebro, ella conocía a esa mujer, no recordaba de dónde, pero estaba segura que la conocía, y sus recuerdos no eran buenos, ya que se espantó al verla. Por la expresión de ésta en su cara, se dio cuenta que también la reconoció.

¡¿Dónde la había visto antes?! Esa mirada dura, esos ojos fríos, del color del acero, pequeños y crueles ¿Dónde?, ¿Dónde?...

Capítulo V

De pronto Helen sintió un estremecimiento, que casi la hizo perder el sentido. La recordó, ¡el Orfanato! Ella tenía más o menos cinco años, y se puso mañosa, pues estaba con una terrible gripe, con fiebre alta, no la dejaron en su jergón, la llevaron al oscuro comedor de aquel horrible lugar, frente a un plato de verduras para los cerdos. Los separaban por edad, en aquellos feos mesones rectangulares, sin ningún mantel que los cubriera.

A esta muchacha Marion, la habían nombrado Monitora, tenía quince años. Solo podían estar en esta casa hasta esa edad, pero cuando eran lo suficientemente útiles por su crueldad y dureza para manejar los niños, las dejaban con ese cargo.

Aquel día tomándola del pelo, la obligó a comer a punta de golpes e insultos. Como todo crío pequeño ella chilló, pateó, entonces esta mala muchacha le dio una feroz golpiza, siendo avalada por los que dirigían aquel infierno en el cual vivió, hasta que la retiraron los padres de Julie.

Después de ese momento la siguió golpeando por cualquier motivo, sin razón alguna, aunque la culpa fuera de otros niños. Era temida por todos los pequeños del lugar, por su crueldad, por sus malos tratos. Continuamente se burlaba de ellos, descargando toda su frustración en las pobres criaturas.

¡Dios mío!, pensó Helen. ¿Qué será de mi pobre Julie con esta mujer?

Ella había tenido la suerte que a los doce años, aquel matrimonio la escogiera para llevarla a su hogar, porque la Señora acababa de tener una bebida y necesitaba compañía, además de la nodriza. Así fue como llegó a la casa de Julie, desde entonces jamás se separaron.

Al irse del Orfanato la Directora les dijo a los Sres. Hamilton, cuando trataron de averiguar sobre ella, estando Helen presente, que la encontraron abandonada en la Iglesia del lugar, con una nota que decía: "Se llama Helen, se la encomiendo a Dios, pues no puedo criarla". El sacerdote la llevó a ese horrible lugar. Allí vivió esos doce años sin saber nada de sus padres.

Estaba absorta en sus pensamientos, cuando escuchó la voz de Lord Hamilton, que repetía enojado.

-¡¿No escuchas?! ¡Retírate!, ve donde Abigaíl, para que ayudes en las labores del Castillo. Vuelves a buscar a la chiquilla al mediodía, para que la prepares para el almuerzo.

Ella y Julie se miraron con pena, con desesperación, Helen hizo una genuflexión contestando:

-Si, Milord.

Le pareció que dejaba el alma tras la puerta ¿Qué sería de su niñita? ¿Cómo la trataría aquella bruja? Su carita le pedía con ansias que la llevara con ella ¿Por qué los pobres debían sufrir siempre? ¡Julie era todo lo que tenía!

Se dirigió ocultando sus lágrimas donde Abigaíl, ¡otra vieja bruja! Pero antes pasó a la cocina pues no pudo dejar de llorar. La señora Wilson la acogió tiernamente preguntándole la causa de su llanto. Ella le contó que conocía a la Institutriz, que era una mala mujer.

Ann Wilson la consoló, diciéndole que posiblemente se había equivocado, pero Helen ya estaba segura, muy segura que era ella.

-¿Dónde la conociste?, dijo Ann.

-En un orfanato en que me crié, si es que eso se puede llamar así, contestó Helen.

Repentinamente Ann tomó interés.

-¿Dónde?

-En Nueva York.

-¿En qué barrio?

-No lo sé, pero pertenecía a una Iglesia.

Mrs. Wilson se puso pálida.

-¿Qué edad tienes?, dijo.

-Dieciocho años, contestó Helen, notando que Ann respirando con dificultad, se sentaba en uno de los pisos de la cocina.

-Me abandonaron con un escrito que decía mi nombre y que me encomendaban a Dios, porque no podían criarme.

Mrs. Wilson no pudo escuchar más, ahí mismo se desmayó...

Capítulo VI

Mientras tanto, Miss Marion con Julie se dirigieron a la segunda dependencia de la biblioteca, donde había un escritorio semejante al de Lord Hamilton, del mismo estilo que ése, para iniciar las clases. Le alcanzó a la niña lápiz y cuaderno diciéndole:

-Escribe tu nombre y edad ¿Sabes hacerlo?

-Sí, Miss Marion.

-Bien, el nombre de tus padres.

La niña también lo hizo.

-O sea ¿Sabes leer y escribir?

-Si, Miss.

Julie levantó la vista y se encontró con unos ojos llenos de odio y crueldad, nunca esa mirada había sido dulce, tenía la maldad ancestral de generaciones.

-Mira niña, dijo Marion. Te aclararé de inmediato las cosas. En primer lugar yo soy muy exigente y estricta. Si se indica una tarea o se da una orden, debe ser hecha; si debes estudiar, tienes que aprenderlo bien; el castigo por no cumplir, es duro, estoy autorizada por el Barón. ¡Ah!, has de saber que yo odio la mentira.

-Dime, ¿Dónde conociste a Helen? ¡Mírame a la cara, no bajes la cabeza!

-Cuando nací, ella ya estaba en mi casa, Miss.

-¿Qué edad tenía?

-No lo sé Miss, siempre ha estado a mi lado.

-¿Cómo, ¿Nunca supiste de dónde venía?

-No Miss, pero mis papás la querían mucho, la trataban muy bien.

-¡Qué suerte la de la gordiflona!, pero ya se le acabó. Si hasta adelgazó en esa casa comiendo bien, no solo pan duro, tallarines y verduras podridas. Dime ¿Y tú, la quieres?

-Mucho Miss.

-Recuerda que si te pillo en una mentira no lo pasarás bien.

-Yo no soy mentirosa, Miss.

-Más te vale, los críos mentirosos me ponen furiosa y no respondo de mí.

Mientras tanto, en la cocina, todos acudían a auxiliar a Mrs. Wilson. Preguntaban a Helen, cuál era la causa de su desmayo, pero ella no lo comprendía, no sabía explicar.

Una vez que Ann se recuperó, Helen dijo:

-Mrs. Wilson ¿Qué fue lo que dije que la perturbó?

-Nada Helen, es el calor de la cocina y mi gordura lo que me tiene mal, no te preocupes, debo seguir trabajando.

La mayor preocupación de Helen, en ese momento, era Julie. Pero debía acudir donde Abigaíl. Se dirigía allá, cuando se encontró con Tommy, que corría escondiéndose por los pasillos.

-¿Por qué te escondes Tommy?

-Milord me tiene prohibido circular por aquí, pero debo ver qué le pasó a mamá.

-Tu mamá ya está bien, de allá vengo.

-¿Por qué has llorado?

-Porque mi niña está con esa arpía, esa bruja. Entonces

Helen contó a Tommy, quién era esa mujer.

-Debemos hacer lo posible por echarla de aquí, dijo Tommy.

-Pero ¿cómo?, preguntó Helen.

-Algo se me ocurrirá.

-¿De dónde la habrá sacado el Lord? ¿De dónde? Yo creo que se han confabulado para destruir a mi niña, aseveró Helen.

-Nosotros la ayudaremos, aseguró Tommy. Esta noche a las 10 hrs. PM, júntate conmigo y ella, frente al muro prohibido, allí puede haber algo, o alguien que nos ayude, y si lo descubrimos deberían acceder a lo que pidamos. Sucede todas las noches.

-¿Qué cosa?, dijo Helen asustada.

-Viene Abigaíl, no debe verme aquí. Esta noche, recuerda Helen.

Tommy alcanzó a decir Helen, cuando un grito fiero de Abigaíl, hizo salir corriendo al muchachito. La joven se estremeció ¿De dónde salió esta bruja, habrá alcanzado a oír lo que me dijo el niño?

¿Por qué se puso tan furiosa? ¿Qué sucederá alrededor del muro? El miedo la estremeció, se acercó a la vieja temblándole las piernas, pensando que esa noche podría ocurrir lo peor.

Capítulo VII

-¿Qué conversabas con el muchacho?, preguntó Abigaíl, ¿No sabes acaso que le está prohibido andar adentro de la casa? Solo puede estar en el parque, en su pieza y en la cocina.

-¿Por qué?, preguntó Helen. Que a pesar de su timidez, ya estaba cansada de aguantar a la vieja histérica.

-¡Aquí pregunto yo!, dijo la mujer, con los ojos que se le saltaban de las órbitas. Ve a ayudar a la cocinera y a las doce del día, retiras de su clase a Miss Julie y la arreglas para almorzar con Milord.

Helen no dijo nada, hizo una ligera genuflexión dirigiéndose a la cocina. Allá todos los que trabajaban en ese lugar, la saludaron con cariño, menos Ann, que estaba muy distante con ella. Aquello puso muy triste a Helen, porque no sabía la causa de su distanciamiento.

Cuando acudió a buscar a Julie, ésta aguantó el llanto, hasta que llegó a su habitación. Allí le contó que Miss Marion era mala, que la trataba con dureza.

El Barón estaba como siempre, esta vez no habló una palabra, pero la gran sorpresa se la llevaron Helen y la niña cuando vieron aparecer en el comedor a Marion, para almorzar con él. Durante todo el rato, la mujer estuvo hostigando a la niña sobre sus modales, su forma de comer, de sentarse a la mesa, etc., Julie casi no probó bocado. Luego en su cuarto, le suplicó a Helen que se fueran de allí, que buscara un empleo con ella, para que vivieran solas y tranquilas.

-Escucha, le contó Helen, Tommy nos tiene citadas esta noche en el muro del parque, dice que ahí suceden cosas extrañas.

-Y eso ¿Qué? preguntó la pequeña, no por ello nos tratarán mejor-.

-Él tiene un plan, según el cual, si descubrimos lo que pasa, podremos poner condiciones. Una de ellas es ser mejor tratadas, la otra es que se vaya la impostora Marion, que nunca ha sido institutriz.

-Helen, por favor pide hablar con Lord John y dile donde conociste a esa mujer.

-Mi niña no seas ingenua. ¿Sabes lo que haría el Barón? Me echaría de inmediato, y te dejaría en manos de esa farsante, que es más inteligente que yo.

El resto del día, pasearon por el parque con la esperanza de ver a Tommy, pero no fue así. Luego hicieron las tareas después de la hora del té. Marion felizmente no estaba con el Barón, pero sí Mrs. Woodward siempre tan simpática con la niña y Helen.

Al terminar la cena se fueron a acostar, pero poco antes de las diez de la noche, salieron en puntillas de la habitación y escondiéndose en las sombras, llegaron a la enorme encina que estaba cerca del muro, donde encontraron a Tommy.

-Hola, dijo el niño, son puntuales. De un momento a otro sucederá lo que quiero mostrarles.

-¿Qué cosa? alcanzó a preguntar Julie.

-Shiss, contestó el muchachito poniéndose un dedo sobre los labios, ya verán.

Se vieron dos sombras, un hombre y una mujer acudían hacia el muro, llevando ella una bandeja con alimentos en las manos, y él una lámpara y un manojito de llaves.

Tommy apretó contra sí a su perro, porque estaba a punto de ladrarles a los visitantes nocturnos. Si ladraba, serían sorprendidos y ellos estaban ansiosos por saber qué había tras el muro.

Los tres intentaban mirar a través de la oscuridad de la noche, los misterios que ocultaba ese lugar.

¿Lo lograrían? ¡Nada bueno debía suceder allí!

Quedaron impresionados de ver quién llevaba la bandeja y más aún de su acompañante.

Apenas respiraban de terror...

Capítulo VIII

No se atrevían a hablar, no era posible, Marion y ¡Lord John! se dirigían cautelosamente al muro. El Barón separó unas espesas enredaderas y apareció una puerta de hierro. Sacó un manajo de llaves y abrió, la puerta chilló en forma terrorífica, la muchacha y los niños escondidos tras la encina milenaria, apenas alcanzaban a ver lo que sucedía, pero Tommy se acercó lo que más pudo reptando por el suelo, seguido de su perro "Labrador" que hizo lo mismo y como era negro apenas se notaba en la noche, tenía el mismo nombre de su raza. Al entrar los dos visitantes nocturnos fueron recibidos por Wilfred, que se asomó para ver si alguien había seguido a su patrón, llevando una carabina al hombro.

Helen, Julie y Tommy casi no respiraban, permanecían quietos sin mover un dedo.

-Buenas noches, Milord, saludó Wilfred.

Éste no respondió, solo dijo,

-¿Alguna novedad?

-Ninguna Milord.

-¿Ha trabajado en el jardín?

-Todo el día, pero Milord, eso más que un castigo, es un premio.

-¡No te estoy pidiendo tu opinión! Cierra la puerta que iremos con Marion. Herbert está haciendo guardia en el otro extremo ¿verdad?

-Si, Milord.

-No abandones el parque, recuerda que lo quiero tan hermoso como siempre, le pedirás a Tommy que te ayude y tu hermano William continuará con la mantención.

-Si, Milord, William ha trabajado en eso todo este tiempo.

-Ya, entremos. Y no olvides que Herbert y Peter deben estar siempre de guardia.

-No lo olvido, Milord.

Cerraron la puerta y los tres detectives nocturnos, empezaron a comentar bajo la encina.

Tommy se acercó a Helen y a la niña, contándoles lo que había escuchado.

-Tiene a alguien prisionero ahí, según parece, dedujo la joven.

-A lo mejor es una mujer -dijo la niña- puede ser Trinidad ¿recuerdas Helen?

-Si, dijo ella.

-Alcancé a escuchar que hablaban de castigo, contó Tommy.

-Debemos ayudar a esa persona, no podemos dejar que la torturen, comentó la buena de Julie con mucha convicción.

-No sé cómo lo haremos, porque Wilfred está armado y hay otro adentro que también debe estarlo- expresó Tommy. No creo que siempre venga el Barón, puede que venga una sola persona y ahí puede ser más fácil ocultarse entre las enredaderas, para averiguar de qué se trata.

-Ahora debemos irnos, mañana nos juntaremos en el parque, para dar un paseo después de almuerzo, y ver cómo ayudaremos a esa persona prisionera de este malvado y de aquella mala mujer. Y diciendo

esto Helen tomó la mano de Julie para emprender la retirada, cuando Tommy alcanzó a empujarla hacia atrás, en el preciso instante que un hombre armado, aparecía con una linterna vigilando el parque. Helen cayó de espaldas arrastrando a Julie y sonó un fuerte ruido entre las matas.

-¿Quién anda ahí?, dijo el desconocido a toda voz y volvió a repetir ¿quién anda ahí?

Los niños y la joven se sintieron sorprendidos.

-Si no se muestra, disparo, agregó el individuo.

Capítulo IX

El hombre se acercaba y Tommy habló algo al oído de “Labrador”, su inteligente perro. Entonces éste salió detrás del árbol moviendo la cola, ladrando amistosamente.

-¡Ah!, eras tú, Labrador. Me asustaste, dijo Peter, uno de los guardianes, sonriendo. Y siguió su camino con el perro detrás.

-Pero ¿Qué le dijiste? preguntó Helen una vez que se repuso del susto.

-Anda y entreténle.

-¡Qué habiloso es!, comentó Julie, ya bastante compuesta.

En realidad era muy peligroso, porque estuvieron a punto de ser descubiertos.

El día siguiente transcurrió como todos los días. Marion hostigando a Julie, Helen sufriendo los malos tratos de Abigáil, pensando en su destino tan incierto y sufriendo por la niña, al mismo tiempo que la consolaba, las veces que estaba con ella.

Pero Helen tenía mucho temor de Marion, porque sabía que era una mujer capaz de todo. Temía que le dijera al Barón, que ella provenía de un orfanato, pero a veces pensaba que si el Barón no sabía de dónde venía Marion, ésta callaría su procedencia. No lograba comprender cómo aquella mujer había llegado ahí.

Después del té, que esta vez fue con la compañía de Marion, Julie tenía los nervios destrozados.

-Vamos al parque, la invitó Helen, vamos a buscar a Tommy.

El pobre chico había trabajado todo el día con William, el hermano de Wilfred en la mantención del parque y los jardines.

Era tan pequeño, apenas siete años y debía desempeñarse como un hombre, pero William no era malo y trataba de aliviarlo en sus tareas, lo más que podía.

Cuando Tommy se reunió con la niña y la muchacha para pasear en el parque y seguir urdiendo su plan, iba con "Labrador". Las dos lo acariciaron, jugaron con él, en realidad el perro actuaba como un humano.

Tommy tenía una idea muy peligrosa, esa noche se escondería en la espesa enredadera del muro, cerca de la puerta, ya que el lugar era muy oscuro, pues los grandes árboles que había alrededor, no dejaban pasar la luz de la luna, trataría de deslizarse al interior, en cuanto abrieran.

-¡No, dijo Julie, te matarán si te sorprenden!

-No me sorprenderán, "Labrador" se encargará de distraerlos.

-Niño, ten cuidado, rogó Helen, nosotras te esperaremos detrás de la encina.

-No teman, seré muy prudente. Si no puedo esta noche, será otra, hasta que lo logre.

-Pero ¿Cómo saldrás después?, preguntó Helen.

-Creo que no cierran con llave mientras están adentro, así que podré observar, oír y luego salir silenciosamente.

Aquella noche Tommy se puso sus ropas más oscuras, partiendo al lugar con las muchachas y el perro. Calculando la hora de la vez anterior y buscando

primero la puerta, se escondió al lado de ésta, bajo la espesa enredadera que cubría el muro, esperando los acontecimientos.

Esta vez venía Marion con Abigaíl que llevaba la bandeja y la falsa institutriz las llaves y la lámpara.

Abrió la puerta, "Labrador" empezó a jugar alrededor de ellas. Ambas mujeres se volvieron a mirar al perro, tirándole puntapiés, pero él ladraba y saltaba jugando. Se pusieron furiosas, pues ninguna de las dos era amante de los animales.

Tommy aprovechó aquel instante para deslizarse rápida y silenciosamente adentro del lugar.

El can se alejó al ver a su amo entrar y las mujeres a su vez ingresaron, cerrando la puerta, para alivio de Helen y Julie no sintieron que le pusieran llave por dentro.

¡Mas, de pronto se sintió un balazo! Julie quiso correr hacia la entrada, pero Helen la sujetó.

-¡Espera!, dijo.

Se escucharon los gritos de las dos brujas desde el interior.

Helen y Julie abrazadas y muertas de terror se preguntaban si ese balazo habría sido destinado a Tommy.

¿Qué habría sido del pequeño? ¿Sería él el blanco del disparo? ¿Lograría salir de aquel siniestro lugar?...

Capítulo X

Cuando Tommy entró, ya sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Se dio cuenta que estaba en un jardín espectacular, sintió un delicioso aroma de flores. No alcanzaba a ver el otro lado del muro, pues estaba cubierto por enredaderas y árboles ornamentales; magnolios, prunos, cerezos y ciruelos en flor, aromos, etc. para que siempre hubiera algunos floridos, según la estación. No divisaba las flores del jardín, que se encontraban a su lado izquierdo, solo sentía su perfume, además que estaba terriblemente asustado, por aquel balazo que lo hizo esconderse de inmediato, pues Abigaíl y Marion venían entrando tras él. Después de caminar un buen trecho por un sendero serpenteante, apegado al muro y a los árboles por un lado, y al enorme jardín que no tenía límites por el otro, se empezaron a ver luces al final.

-Marion gritó histérica, ¡¿qué pasó estúpidos?! ¡¿Por qué dispararon cuando entramos?!

-Perdone Ud. Miss Marion, dijo Wilfred, pero matamos ese conejo que se había cebado con los claveles. Hacía días que intentábamos pillarlo, al fin lo logramos.

-¡Imbécil! ¿No pudiste escoger un mejor momento?

Mientras tanto Tommy iba siguiéndolas, escondiéndose de árbol en árbol. Se dio cuenta que el guardián salió de una caseta grande e iluminada, donde estaba con otro. Ése, debe ser Herbert, pensó.

Ellas siguieron caminando. El caminito terminaba en una hermosa y pequeña casa, en la cual entraron.

-Hola Paul, te traje tu comida, dijo Marion, abriendo la puerta.

Como los hombres se quedaron en su caseta, Tommy osadamente se acercó a la ventana para ver a quién hablaban. Era una casa con comodidades, ellas entraron a un living, el hombre no las miró, solo se levantó a recibir la bandeja.

Era alto, de unos treinta años, rubio, de ojos gris claro, como el tiempo, de rostro agradable. Estaba muy iluminado con una lámpara. Luego que se sentó, el niño pudo ver que tenía un pie encadenado a unos fierros en la muralla.

¡Quedó espantado! ¿Quién tendría las llaves?

Por hoy era suficiente, debía irse, podrían sorprenderlo. Iba en la mitad de la caminata de vuelta, cuando sintió una música de armónica, era Herbert que apoyado en uno de los árboles, tocaba una melodiosa canción "country" ya que él era yanqui. Tommy no se esperaba esto y debió agazaparse entre dos árboles antes, pues estaban frente a la caseta y las luces de las lámparas podían dejarlo al descubierto. Tuvo miedo, Abigaíl y Marion podrían sorprenderlo al venir de la casita. No pudo ver si le ponían llave, por si volvía otra vez.

Las mujeres se acercaban con la lámpara y el muchachito se encucilló y echó su jockey a la cara para no ser notado. Su corazón latía fuertemente, tanto que temió ser descubierto por el ruido que hacía.

Ya estaban por llegar las brujas, si lo sorprendían seguro que lo mataban. Debía haber salido antes que las mujeres, ahora ¿Cómo lo haría?

Mientras tanto Helen y Julie sollozaban, pensando que estaba muerto, pero esperaban y esperaban y la puerta seguía cerrada.

¿Podría salir el pequeño Thomas de este atolladero? Ellas temían que el disparo hubiera sido para él. Pero ¿Cómo saldría el niño? ¿Lo lograría?

Si así fuera, podría contar la primera parte de aquel misterio. Que adentro del jardín había un Prisionero. Luego se abocaría a saber quién era ese hombre, y a tratar de liberarlo...

Capítulo XI

Tommy casi no respiraba, mientras Abigaíl y Marion se acercaban más y más. De pronto esta última se dirigió a Herbert bailando al compás de la música y entonando la canción.

-¡Qué linda música “Country” Herbert, yo vivía en EEUU cuando pequeña, más precisamente en Oklahoma, sé bailar y cantar esas melodías.

Herbert dejó de tocar apartándose del árbol, para alegría del niño.

-¡Vamos a la caseta Miss Marion, allí le tocaré otras más hermosas!

-¡Bueno, vamos un momento!, dijo ella, haciendo pasos de baile y tarareando en voz alta.

Este instante fue el que aprovechó el pequeño para escabullirse entre los árboles, corriendo por el sendero alumbrado por la luz de la luna. Corrió y corrió sin atreverse a mirar hacia atrás, hasta que casi sin aliento, abrió la puerta. Pero fue cauteloso, podría haber alguien haciendo guardia por fuera. Felizmente no había nadie. La cerró cuidadosamente, dirigiéndose a la encina.

Julie y Helen lo abrazaron felices, “Labrador” saltaba alrededor de él de puro contento al ver a su amo.

-¡Ya! ¡Ya! Escuchen, tengo mucho que contarles. Mañana nos juntaremos en el parque después de almuerzo ¡Vámonos, que ya vienen las brujas!

Helen y la niña hicieron muchas conjeturas sobre

lo que les contaría Tommy, hasta que la pequeña quedó rendida de sueño y cansancio. Helen debió acostarla.

Esa mañana Julie recibió muchas reprimendas de Marion, porque no podía concentrarse en la lección que ésta le enseñaba, pues su mente estaba en el muro misterioso. Se preguntaba, qué les contaría Tommy.

Ahora la falsa institutriz, estaba siempre a la hora de almuerzo, fastidiándola a cada instante mientras comía, pero esta vez a Julie no le importó mucho, solo deseaba que transcurriera el tiempo, para juntarse con Tommy.

Llegó la ansiada hora y se reunieron con el niño en el parque, en el puente sobre el riachuelo.

Cuando Tommy les contó del prisionero, quedaron sin habla. El muchachito se los describió diciéndoles que no pronunció palabra, pero su máxima impresión se la llevó cuando lo vio encadenado.

-¿Quién maneja las llaves?, preguntó Helen.

-Al menos durante el día, he visto siempre a Wilfred con un manojo de llaves, contestó Tommy, pero esa noche, Miss Marion llevaba llaves también. Sería más fácil ubicar dentro de la casa, donde las guardan.

-Debe mantenerlas Lord John en su oficina, opinó Julie.

- Seguramente, aseveró Tommy.

- ¿Qué haremos para ponernos en contacto con él?, dijo la niña.

-Hay una semana en el mes que todos esos guardias, ayudan a mantener el parque, generalmente a William lo mandan a custodiar al prisionero, en esos días. Es un hombre bueno, no es como Wilfred. Cuando esté él, es posible que nos deje entrar, porque a mí me trata con mucho cariño. Dejó de venir, porque no se aviene con

su hermano, pero necesita trabajar, por eso volvió.

Esta semana debemos limpiar el parque cerca de la laguna, retirando todas las malezas. Allí trataré de convencerlo, para que se convierta en nuestro aliado.

Después del té, en que felizmente no estuvo Marion y fueron atendidos por Patrick, Lord John no habló nada, era como si Julie no estuviera.

La niña debía aprender una poesía, Helen la dejó en su habitación, dirigiéndose a la cocina, a servirse algo y ayudar a Mrs. Wilson. La muchacha ya no podía más por su indiferencia, se acercó a ella, decidida a preguntarle qué había hecho tan mal que ahora la rehuía.

Con cariño, pero francamente, ella le dijo:

-Mrs. Wilson ¿Qué ha sucedido, que Ud. ahora no quiere nada conmigo?

Ella se turbó y avergonzada respondió:

-Nada Helen, te equivocas.

-Le ruego que me lo diga, Mrs. Wilson.

-Estás equivocada hija, no tengo nada contra ti, puedes venir cuando quieras, pídemelo lo que quieras, porque yo te ayudaré en todo lo que pueda.

-Gracias Mrs. Wilson, dijo Helen a punto de llorar, he sufrido mucho estos días, Ud. y su hijo son las únicas personas que me han acogido bien aquí.

-Y así será siempre, dijo Ann, muy emocionada.

Mientras tanto Tommy, tiraba pequeñas piedrecillas a la ventana del cuarto de Julie, ésta se asomó a mirar y el niño con señas, le indicó que bajara.

Cuando Julie se reunió con él, se escondieron en el bosque de eucaliptus y éste le contó que William también tenía llaves de la puerta del muro.

-¿Cómo supiste?, preguntó Julie

-Porque le pregunté para qué eran esas llaves que

llevaba en el cinto. Me nombró varias partes, entre ellas la puerta del muro del jardín.

-¿Qué piensas hacer?, dijo Julie.

-Se las robaré cuando se tienda a dormir la siesta.

-No, argumentó la niña, debemos hacerlo nuestro aliado, tú dices que es un hombre bueno.

-Entonces la próxima semana, cuando quede de guardia en el muro, pues los otros hacen el mantenimiento total del parque por siete días, lo atraeré a nuestra causa y él será quien nos ayude.

-¿De qué causa hablas muchacho? ¿A quién vas a atraer a ella?, dijo Wilfred que andaba inspeccionando entre los árboles.

Tommy se quedó mudo. ¿Qué le diría a este desalmado? No lo sintió venir. Debía inventar una buena mentira, si no sería capaz de denunciarlo al Lord y los echarían a su madre y a él, o podrían sucederle cosas peores.

-¡Dime!, ¡contesta chiquillo de porquería! ¡Qué estás confabulando!

La mente de Tommy, se movía rápidamente, para lograr una buena historia que engañara al hombre.

¿Podría convencerlo a este viejo miserable, que por dinero era capaz de mantener prisionera a una persona, y hasta torturarla?

Mientras "Labrador" se colocaba detrás de su amo, éste se preparó para decir algo creíble, encomendándose a Dios...

Capítulo XII

Tommy pensaba rápidamente en una respuesta creíble, cuando escuchó la voccecita de Julie diciendo:

-Mr. Wilfred. Estamos jugando ¿Ud. No jugaba cuando chico?

-Pues sí, Miss Julie.

-¿Nos podría dejar solos? Tommy casi nunca puede jugar.

-Si Miss Julie, dijo Wilfred, avergonzado.

Cuando el hombre se fue los niños se miraron asustados y luego rieron hasta llorar.

En adelante tendrían más cuidado.

Pasaron los días, llegó el momento en que William debía cuidar al prisionero.

La noche anterior Tommy conversó con él, preguntándole si sabía quién era ese hombre, y cuál era la razón por la que se encontraba encadenado.

-¿Por qué me preguntas eso Tommy?

-Porque nos apena que alguien esté preso y torturado.

-¿Torturado? ¿Por qué dices eso?

-Porque estar encadenado ¿no es para ti una tortura?

-Es verdad, pero no es siempre así Tommy, en el día es liberado, para trabajar en su maravilloso jardín, creado totalmente por él.

-Tú ¿sabes por qué está prisionero?

-Dicen que era el amante de la esposa del Barón. Los sorprendió juntos, casi lo mató de una golpiza. Ella, como lo amaba intensamente, le suplicó tanto, que le perdonó la vida. Lord Hamilton la adoraba, pero era un marido cruel e indiferente, porque ese es su carácter. Tenía como cincuenta años más que la joven, la que fue casada por razones de conveniencia, obligada por sus padres, cuando solo tenía dieciséis años. A los veinte, después de golpes y sufrimientos, sobrellevando una vida carente de amor, llegó al castillo este hombre culto, un arquitecto, buscando trabajo, presentado por otro noble, y como además de arquitecto era botánico, el Barón lo puso a trabajar en el parque, con varios peones a su cargo.

Dicen que desde pequeño era aficionado a las plantas y diseñó muchas cosas hermosas en este lugar. No existía el puente, ni el riachuelo; la laguna sí, pero sin sauces ni cisnes, casi toda la belleza de este inmenso verdor, se debe a él.

Lord John le perdonó la vida, pero lo encerró en un jardín abandonado tras un muro que había en este caserón y lo puso a trabajar allí. Soltándolo todo el día, encadenándolo en las tardes, al entrarse el sol, y en la noche en su cama. Es alimentado solamente una vez al día. Nunca más supo de su amada. Llegó de Norteamérica, su padre poseía una hermosa hacienda y mucho dinero. La perdió después de la guerra civil en EEUU. Sus padres murieron en aquella guerra, entonces, él vino a probar suerte a Inglaterra. Es todo lo que se cuenta de él.

-¿Y ella, la Señora? ¿Qué pasó con ella?

- No lo sé, dijo William. Cuando yo llegué aquí, ella ya no estaba, nadie hablaba, ni habla de ella. Tú sabes

como es mi hermano, una vez le pregunté, a garabatos me dijo que no me metiera en lo que no me importaba si no quería que el Barón me matara. A tal punto es el odio de ese viejo.

-William, dijo el niño ¿Me dejarías entrar a conocer el jardín, ahora que te quedarás de guardia?

-No lo sé, ¿Tú no lo conoces?

-No, dijo Tommy, y dijo la verdad, porque entró de noche.

-Es hermosísimo, los colibríes y toda clase de pajaritos, mariposas, abejas, lo rondan, porque parece el paraíso.

-¡Déjame conocerlo William!

-Bueno. Te dejaré entrar.

-¿Y a mis amigas?

-¿Miss Julie, Helen?

-Sí.

-La niña es muy pequeñita, puede contar y el Barón me mataría.

-Ninguna hablará. Ella es muy inteligente, ambas son bondadosas.

-Tendría que ser pasado mañana después de almuerzo, porque el primer día, es un día de organización. Además cuando ya empiecen a trabajar. Wilfred duerme la siesta junto con los peones en el pasto, a esa hora no vendrá. Los espero a las dos de la tarde.

-Muchas gracias William, dijo Tommy feliz, despidiéndose de su amigo.

Al día siguiente después de almuerzo, les contó a sus amigas las novedades que tenía. Éstas estaban contentas y nerviosas.

Cuando llegó el momento, a Julie, le costó desprenderse de Marion que no cesaba de decirle que cuando los

adultos hablan, los niños no deben entrometerse y no terminaba nunca con la reprimenda.

La muchachita aguantó el llanto porque sabía que si lloraba, prolongaría más el asunto ya que hasta el Barón intervino en la enseñanza, sin que ella hubiese hecho nada.

-Los críos deben guardar silencio, por respeto a los mayores, dijo él.

-¡Contesta!, gritó Marion.

-Sí Lord John, contestó Julie confundida. Le dijeron que debía estar callada, ahora la obligaban a hablar.

Al fin ella y Helen se fueron a encontrar con Tommy, él pegó un silbido frente al muro. Después de un momento de expectación se abrió la puerta, entonces ellos pasaron tras la tupida enredadera, con sus corazones latiendo desenfrenadamente, muy asustados pero felices, de ir abriendo también las puertas del misterio...

Capítulo XIII

William los hizo pasar cerrando la puerta con llave. Al entrar, los niños y la muchacha quedaron maravillados. La mayoría de aquellos árboles, entre los que Tommy se escondió, estaban floridos ¡Era algo impresionante de ver! El sendero por el que corrió, estaba hecho de adoquines y el jardín, ¡oh! ¡el jardín, era un jardín de cuentos, un paraíso! Lo adornaban rosas de diversos colores, en todos los tipos y clases: matas, enredaderas y de pie alto, como verdaderos árboles, armoniosamente distribuidos en ese edén. Había senderos entre ellas, cubiertos de un delicado césped, muy bien cuidado; enorme cantidad de flores lanzaban su perfume. Las glorietas que adornaban el jardín, estaban cubiertas de enredaderas de jazmines y rosas. Fuentes con angelitos en distintas poses, lanzaban agua por su boca, en donde nadaban hermosos peces multicolores. En otras fuentes flotaban gran cantidad de nenúfares, que le daban un aspecto idílico al lugar. En ellas se bañaban los pajarillos, que vivían tras ese muro de ensueño. Mariposas radiantes y abejorros borrachos de dulzor, libaban en ese reino de otro mundo.

Al otro costado una larga extensión de césped, rodeado en algunos sitios por macizos, de salvias rojas y azules, se divisaba a lo lejos. William los convidó hacia allá, siguiendo senderos entre las flores. Una laguna un poco más pequeña que la del exterior, rodeada de

sauces y pastizales albergaba gran cantidad de aves, cisnes, patos, garzas, taguas, etc. Bancos en diferentes partes adornaban el jardín. El canto de los pájaros era como música al oído.

De pronto mientras caminaban, se encontraron con un hombre arrodillado en una mata de hortensias, de las cuales había rosadas y azules en un espacio que se denominaba el parque de las hortensias, pues era muy extenso.

-Paul, dijo William, aquí están las visitas de que te hablé.

Él se levantó y sonrió. Julie sintió un estremecimiento al verlo, era alto y delgado, bien parecido, su pelo rubio ondulado, sus ojos claros, como el color del tiempo.

-Hola, dijo, su voz penetró en el corazón de la niña, que sintió una gran pena por él.

-Hola, dijeron todos.

-¿Ud. solo, ha hecho este jardín? Preguntó Julie.

-Sí, dijo él, era pura basura, cuando me hice cargo. Estaba abandonado.

-Ahora parece un paraíso, comentó Julie.

La niña se sentía con deseos de hablar, como nunca lo había hecho, quería ayudar a este hombre, quería ser su amiga.

-Mira William, dijo Tommy, tratando de apartar al hombre, para que sus amigas pudieran conversar con el prisionero.

-¿Qué es aquello?

-No lo sé, contestó éste, vamos a verlo.

Quedaron a solas con él.

-Queremos ayudarlo a escapar, dijo Helen.

-Eso es imposible.

-Todo es posible.

-¿Y quién se hará cargo de mi jardín?

-El Barón, acotó Julie.

-Lo destruiría, en cuanto yo huyera.

-¿Y por qué?

-Porque me odia.

-Cuéntenos por qué lo tiene prisionero, dijo Helen.

-Es algo muy largo de contar, además ¿quiénes son Uds.?

-Me llamo Julie, soy la única heredera del Barón. Ella es mi niñera. Llegamos de EEUU.

-El palideció con las palabras de Julie. Le preguntó su edad.

-Cinco años, contestó la niña.

-Yo también soy de EEUU. Debería volver, pues mi padre escondió varios bienes en la época de la guerra civil, sé donde se encuentran, pero no puedo, porque estoy prisionero aquí. Ahora, este jardín es mi vida, se lo dediqué a mi amada.

-¿Quién es su amada?, preguntaron ellas al unísono.

-Ella es... pero no pudo terminar, porque Tommy llegó corriendo terriblemente asustado, anunciando que Wilfred había entrado en ese momento.

Huyeron hacia la laguna, escondiéndose entre los grandes pastizales que la rodeaban.

Wilfred venía con un perro. Los niños y Helen quedaron espantados, Julie lloraba en silencio, sobrecogida por el miedo.

Ninguno se atrevía a levantar la cabeza. ¿Haría un recorrido este hombre temible por el lugar? ¿Vendría porque sabía que ellos estaban ahí, o se iría pronto? ¿Los sorprendería el cancerbero de Paul? ¿William los habría traicionado?

Los niños y Helen empezaron a rezar...

Capítulo XIV

El perro se acercaba ladrando hacia los muchachos, ocultos en los pastizales, cuando Helen y Julie sintieron que Tommy chasqueó los dedos, era “Labrador”. El inteligente animal siguió inmediatamente otro rumbo. Se acercó a Paul saltando a su alrededor. Éste lo acarició y empezó a jugar con él. Wilfred llegó en ese mismo momento diciéndole,

-El Barón me encargó que te preocuparas de los claveles, para que se den hermosos en la temporada y además que limpiaras de malezas la orilla de la laguna.

-Todo eso está hecho, dijo Paul.

-Ya, ¡ah!, si te falta algo para desinfectar o fertilizar.

-No, contestó él.

-Vine para recordártelo.

-Bien.

-Adiós.

-Adiós, dijo Paul y siguió jugando con “Labrador”, el que se quedó en el lugar.

Cuando Wilfred se fue, William corrió para avisarles que salieran del Jardín, porque seguramente su hermano había venido para controlarlo, porque todo eso había sido conversado con Paul antes.

-Pero ¿nos dejarás entrar otra vez? preguntó Julie. William guardó silencio, la niña le suplicó.

-Por favor William.

-Mañana a la misma hora, dijo él, no pudiendo negarse al pedido de la pequeña.

-Se despidieron de Paul, Julie sintió una gran aflicción, por tener que dejarlo ahí, sin liberarlo. Él se la quedó mirando intensamente, la niña lo había impresionado.

Después del té y las tareas, se reunieron con Tommy. Helen le preguntó de inmediato a Julie, algo que ya no podía guardarse más.

-¿Por qué le dijiste a Paul, cuando te presentaste a él, que eras la única heredera del Barón? ¿Cómo lo sabes? Nunca me dijiste nada.

-Tommy me lo dijo ayer, me olvidé contártelo, con tantos sustos que he pasado.

-Es verdad, dijo Tommy, cuando Julie venía al Castillo desde Nueva York, el Barón nos reunió a todos, contándonos que llegaría a vivir aquí Miss Julie Hamilton, su única heredera, que quería que la acogiéramos y la tratáramos bien. Nosotros no sabíamos que era una niña, pensábamos que era una señorita, él no lo dijo, solo lo supimos al verla.

-Es raro, comentó Julie, ¿Entonces por qué él me trata tan mal?

-Nunca le han gustado los niños, a mí me ha prohibido estar en su presencia, solo cuando quiere hablarle a todos, debo acudir a esas reuniones. Dijo que tú, eras hija de su único primo, que habías quedado huérfana, por eso vendrías a vivir al Castillo, el cual heredarías.

-Nunca me ha dicho nada ¿por qué me odiará tanto?

-No lo sé, se lo he preguntado a mamá, ella calla y me dice que mientras menos sepa es mejor.

-Vamos allá, a lo mejor nos cuenta algo, dijo Helen.

Ann los acogió muy bien, pero ante las preguntas, siempre contestó que no sabía nada.

Aquella noche en la cena, Julie se envalentonó, mientras comían, aprovechando que Marion no estaba, le dijo al Barón.

-Lord John, ¿puedo preguntarle algo?

El viejo se extrañó de la osadía de la niña, pero asintió con la cabeza.

Con el pecho apretado de susto, pero aparentando tranquilidad, la pequeñita dijo:

-Quiero saber si es cierto que yo soy su única heredera, y si eso es cierto ¿por qué Ud. no me quiere?

El anciano se turbó, nunca esperó una pregunta así, de una niña tan pequeña.

-¿Quién te ha dicho eso?

-Aquí todo se sabe, contestó Julie, pensando que nunca delataría a Tommy.

-¡Ah!, ¿Sí? Y ¿Quién es ese que sabe tanto?

-Todos, dijo Julie.

-Eres bien osada muchachita.

-Me gusta la verdad, Milord.

-Así es, dijo él. ¡No quiero más preguntas!, ¿Me oíste? Ya me encargaré de saber quién te mete cosas en la cabeza.

-Pero esas cosas son verdaderas. Le ruego que no castigue a nadie.

- A la que voy a castigar es a ti, si no te callas.

- No importa, prefiero que me castigue a mí, pero a nadie más Lord John.

El Barón se paró de la mesa, furioso, sin terminar de comer, llamando a una reunión a todos los habitantes

de la mansión. Menos Julie y Helen. Ellas escuchaban en su aposento, los gritos que lanzaba a la servidumbre, pero no entendían lo que decía.

Esta vez Julie no lloró, de a poco haría que ese anciano y Paul le contaran la verdad, aunque ésta le doliera, pues en su corazón de niña, se daba cuenta que una terrible tragedia había sucedido, y que a lo mejor, ella tenía que ver con esa tragedia.

¿Pero cómo lograría saberlo todo? Ahora William estaría más reacio a dejarlos ver a Paul.

¿Y si Tommy se enojaba? ¡Oh, no lo resistiría! ¡Tommy, Tommy, no quería perderlo, su amigo, el que le daba alegrías, la ayudaba a sobrellevar las penas, junto con Helen, la acompañaba a resolver los misterios, a investigarlos!

Si dejaba de verlo, ¡no podría soportarlo!, ¡no podría!

Al día siguiente no vieron a Tommy, no lo encontraron en ninguna parte. Julie descansó de Marion por algún tiempo, pues ésta desaparecía por algunas temporadas, pero le dejaba muchas tareas y el Barón le permitía hacerlas, acompañada de Helen, en el escritorio de la Biblioteca.

Durante tres días Tommy no apareció. Una tarde después del té, Julie fue al bosque con Helen y no aguantó más. Lloró y lloró sentada bajo un árbol, cuando sintió que algo le lamía la cabeza, era "Labrador", detrás de él, estaba Tommy, mirándola.

-¡Tommy!, gritó Julie, y se paró abrazándolo, éste también la abrazó, y lo mismo hizo con Helen.

Contó que lo habían mandado a trabajar con los hombres y que la próxima semana, todo volvería a la normalidad, sería Wilfred quién cuidaría a Paul.

-Creí que estabas enojado conmigo.

-¡Nunca!, dijo Tommy.

-Yo también, nunca me enojaría contigo.

-No pude avisarles. Pero debo contarles algo, ya que hablé con Paul, William me dejó. ¿Saben cómo se llamaba la amada de Paul? ¡Trinidad!

Ambas repitieron:

-¡Trinidad!

¿Por qué Mrs. Woodward, había encontrado que Julie era tan semejante a Trinidad?

Dijo que la niña y ella se parecían como dos gotas de agua.

Y ¿Por qué cuando lo dijo el Barón mostró tan abiertamente su turbación que no pudo ocultarla?

¿Qué tendría que ver Trinidad con Julie? ¿Qué tendría que ver Paul con Julie?...

Capítulo XV

Aquella mañana, Julie estaba muy distraída en su lección con Marion, debido a los últimos acontecimientos que la perturbaban. Se equivocó varias veces, y ésta se puso furiosa, tomó sus manitos y las emprendió a reglazos, con toda la furia que acostumbraba en el Orfanato. La niña lloraba a gritos. El Barón permanecía inmutable en su escritorio. Una de las mucamas que pasaba por el pasillo, escuchó el llanto de la pequeña y las vociferaciones de Marion, y corrió a contarle a Helen que estaba en la cocina. A ésta se le nubló la vista, llegó a la Biblioteca y pasó como un celaje delante del Lord, para defender a Julie, sin pensar en las consecuencias.

El Barón se paró furioso dirigiéndose tras ella, Julie sollozaba, mientras la mujer la golpeaba, pero Helen siendo más alta y más robusta, le arrebató la regla dándole varios reglazos con la misma. La niña corrió a sus brazos.

-¡Qué te has creído mujer!, gritó el Barón, enfurecido.

-¡Escúcheme, se lo suplico!, rogó Helen desesperada. ¡Ésta es una impostora, la conozco bien, viene del mismo Orfanato que yo, no piensa ser institutriz. Allí la tenían para castigar a los niños como monitora, por haberse destacado por su crueldad. Le ha mentado a Ud., ella no es lo que dice ser!

-¿Es cierto eso!? Preguntó Lord John mirando a Marion. ¿Quién te dio las recomendaciones? ¿Dime la verdad, si no quieres ir presa por impostora!

-Me las dieron en el Orfanato, pero yo soy capaz de trabajar como institutriz Milord. He estudiado mucho.

-¡Pero no sabes tratar a los niños! ¡Toma tus cosas y te vas de inmediato! Abigaíl te pagará. No quiero saber más de ti.

Marion lloraba suplicando, pero Lord Hamilton fue inflexible.

¡No, deposité mi confianza en ti! Y si llego a saber que cuentas algo de lo que sucede en el castillo, te mandaré presa por mentirosa ¿¡Me oyes!?

-Sí Milord, respondió Marion llorando.

Julie seguía en brazos de Helen, protegiéndose en ellos.

-¡Salgan de aquí! Dijo indignado el Barón. Espera, muéstrame las manos.

La niña mostró sus manitos, rojas, que empezaban a hincharse, incluso sangraban en algunos puntos.

Él dijo -esta mujer es una salvaje.

Hizo sonar una campanilla, apareció Patrick. Le notificó que Marion ya no pertenecía al personal, que pasara a hablar con el ama de llaves y luego la llevara en coche a la estación. Que le pagaran su sueldo, recogiera todas sus cosas, porque le estaba prohibido volver a entrar en la mansión.

-Después irás a casa de Mrs. Woodward, y le dirás que venga por favor lo más pronto posible.

En seguida ordenó a Helen, que curara las manos de la niña.

En la cocina Ann las esperaba con paños fríos y fusiones de yerbas, para poner en las heridas. Las manos

estaban rojas e hinchadas, La niña aún lloraba de dolor y se aferraba a Helen con fuerza.

-Te quiero Helen, como si fueras mi mamá, dijo Julie.

-Yo también mi pequeñita, te quiero mucho.

Ann le envolvió sus manos en vendas y todos se sintieron aliviados, cuando escucharon un coche que se llevaba a la mala mujer. Nadie sintió pena por ella, nadie.

Aquella tarde Mrs. Woodward, visitó a la pequeña en su dormitorio acariciándola tiernamente.

-Te buscaré una verdadera institutriz Julie, que te enseñará sin violencia y seguramente llegará a quererte, porque eres una buena niña, no necesitas que te golpeen para estudiar y obedecer.

Dos días después llegó Miss Mary, una joven alta, rubia, delgada de intensos ojos azules. De rostro bondadoso y alegre, con la cual Julie simpatizó de inmediato.

Esa noche Helen y la niña se hincaron ante Jesús, para agradecerle el haberlas librado de aquella terrible mujer.

A escondidas vino Tommy a verla, Julie abrazó a su amigo contándole lo sucedido.

Éste dijo -Te tienes que mejorar pronto, porque debemos ir a ver a Paul.

-¿Pero cómo lo haremos?

-William me mostró una entrada, que los demás no conocen, Paul la descubrió hace pocos días. Cuando todos estén durmiendo la siesta, podremos entrar.

-Debemos preguntarle si sabe de Trinidad.

-Mañana después de almuerzo iremos al jardín, a conversar con él.

-¿Puede ir Helen?

-Claro iremos con ella.

Al día siguiente a la hora de la siesta, William los hizo entrar por una parte del muro que tenía varios ladrillos sueltos, muy bien colocados unos sobre otros, que se podían sacar y poner. Era imposible darse cuenta de esta entrada, pues estaba totalmente cubierta por enredaderas y tapada por los árboles del lugar, a uno y otro lado del muro. Paul se encontraba la semana anterior, podando las plantas aledañas cuando lo vio y se lo mostró a Will. Pero no estaban solos, así que nada pudieron hacer.

Silenciosamente llegaron a la casita del prisionero, que en ese momento se encontraba dibujando un proyecto de paisajismo para el jardín.

Se hallaba encadenado.

-Paul, dijo Tommy, Will nos trajo por la nueva entrada que descubriste.

-Si, dijo Paul, no sé cómo podría huir por ahí, porque siempre estoy con guardias o encadenado.

-¿Pero quién hizo esa salida? Preguntó Helen.

-No lo sé, la descubrí trabajando, cuando pude, se la mostré a Will, para que Uds. pudieran entrar. Pero ahora último no confían en él, así que cuando estamos solos, estoy siempre encadenado.

-¿Los demás duermen la siesta?, quiso saber Julie.

-Si, como una hora.

-Paul, ¿dime, qué es de Trinidad?, preguntó la niña.

-No lo sé, no la vi nunca más, desde que él nos descubrió, ni siquiera recibí una carta de ella, no sé nada, contestó él con tristeza.

-Bueno Paul, debemos averiguarlo.

-¿Qué te pasó en las manos linda princesita?, dijo él. Ella enrojeció y sus ojitos se llenaron de lágrimas

-Marion me golpeó.

-Es una mujer muy mala, cuando me traía alimentos en la noche, se comía gran parte de ellos en el camino, para luego burlarse de mí. Me decía “El Galán” con el fin de avergonzarme.

-Paul, dijo Helen, no te preocupes, ya se fue para siempre, no te molestará más. Descubriremos qué es de Trinidad y te lo contaremos para que te comuniques con ella. Luego te sacaremos de aquí.

- Ya, dijo Will, deben irse.

Julie se estiró en sus pequeños pies y besó a Paul en la mejilla, éste se agachó para recibir el beso, estremeciéndose al contacto con la niña. Su rostro le recordaba a alguien, o ¿sería su imaginación y esa pasión tan intensa que lo había dominado, que lo hacía ver en todas partes a su gran amor? ¿Quién sería esta pequeña que hacía latir su corazón con tanta fuerza cuando estaba a su lado? Siguió trabajando en su proyecto, pero la cara de Julie se le aparecía a cada instante, aún guardaba un secreto, que no había contado a sus amigos.

Le pidió a Wilfred que lo desencadenara poniéndose a trabajar en el jardín, para olvidar, acabando con toda esperanza. Él no tenía derecho a ser feliz, no, no lo tenía.

De pronto llegó corriendo el perro de Wilfred, un policial muy inteligente, buscando por todos lados, olfateando y ladrando; no estaba adentro cuando vinieron los amigos de Paul.

-William, ¿Por qué Bruno está inquieto?, ¿Qué busca? , ¿Quién ha estado aquí? ;Responde Will!

Will se asustó, no quería ni por nada delatar a su amigo,

además había hecho una gran amistad con Paul.

-Nadie, Wilfred.

-¡Mentira! Algo me quiere decir Bruno. El perro se acercaba peligrosamente a la entrada de ladrillos escondida tras la enredadera y los árboles.

Si Wilfred descubría esa entrada, Paul habría perdido toda esperanza de huir.

¿La descubrirá el perro? ¿Qué hará Will para impedirlo?...

Capítulo XVI

William fingía no sentir miedo cuando su hermano lo apremiaba con sus palabras. Bruno, el pastor alemán, se acercaba peligrosamente a la entrada secreta del muro. De pronto divisó entre las matas la pelota del perro, se agachó y se la lanzó chuteándola.

-Mira Bruno, dijo, aquí está, ¿eso buscabas, verdad? El animal salió corriendo tras ella, pues le gustaba jugar, hacía poco había dejado de ser un cachorro.

-¿Ves que eres desconfiado Wilfred? Lo único que el perro quería, era su pelota, no sé qué te pasa conmigo.

Wilfred hizo un gesto de enojo, dirigiéndose a la caseta de los trabajadores.

Will siguió jugando con Bruno, para que se olvidara de aquel lugar tan comprometedor, pero antes se miraron con Paul, quien suspiró aliviado.

Mientras tanto, Helen preparó a Julie para el té. Al llegar encontraron a Mrs. Woodward más elegante y amable que nunca, pero la sorpresa fue la institutriz. Vestía muy sencillo, de gris, con una blusa blanca, chaquetilla ajustada y falda con discreto polisón. Su cabello lo tenía recogido en un moño de gruesas trenzas negras, se veía muy hermosa, no tendría más de veinte años.

La niña y Helen saludaron con una genuflexión, pero Miss Mary se levantó, besando a la pequeña en

la mejilla, ayudándola a tomar su té y los pastelillos, puesto que aún tenía sus manos delicadas.

-Perdón Miss, dijo Helen, si Ud. quiere yo la ayudo, así podrá servirse tranquila.

-No, déjame familiarizarme con ella, por favor.

Patrick se encontraba como siempre sirviendo a todos y atendiendo al Barón.

Cuando terminaron, Julie y Helen junto con Tommy fueron a ver a la madre de éste.

-Buenas tardes Mrs. Wilson, dijo Helen, le suplicamos que nos cuente, qué fue de Trinidad por el bien de Paul, si Ud. sabe dónde se encuentra.

Les costó mucho que aceptara contar lo sucedido, pero al fin dijo que hablaría, pero no en la presencia de los niños.

Contó a Helen, que Trinidad era la esposa jovencísima del Barón, el que la golpeaba continuamente. Tenían bastante vida social, pero aquello ocasionaba unos celos terribles al hombre, que cada vez se volvía más castigador con ella.

La señora acostumbraba salir a pasear al parque, allí conoció a Paul, se hicieron amigos, uno en su soledad, la otra, en su soledad y tristeza. Ya no tenía ninguna relación con su marido, solo el primer año de casados, debido a la edad de éste, lo que lo hacía ponerse más celoso. Como había sido un matrimonio obligado tuvo que soportarlo. Ahora, él ni siquiera intentaba acariciarla, solo la golpeaba, viendo aventuras donde no las había.

Así, poco a poco, Paul, un hombre culto, apuesto, ella hermosa y romántica, se enamoraron. Estuvieron viéndose a escondidas por mucho tiempo, hasta que Wilfred, que la espiaba por orden del Barón, se lo contó

todo. Éste esperó el momento y los sorprendió junto a la laguna. Iba con un arma para matar a Paul, pero ella se arrodilló, suplicándole que no lo hiciera. A la Sra. la golpeó sin piedad, hasta dejarla sin sentido. A Paul lo pateó en el suelo, junto con Wilfred y los otros trabajadores que lo acompañaban.

Lo encerró en un jardín abandonado que había tras el muro, que prácticamente parecía un basural, donde estaban la caseta y la pequeña casa destruidas.

Pero con el tiempo, él para llenar su vida, pidió que lo dejaran trabajar, para transformar aquello en un hermoso jardín. Después de mucho tiempo lo logró, empezó reparando la casa y la caseta, pintándolas y tratando las maderas. Luego se lanzó a crear el verdadero paraíso terrenal, según dicen los que lo conocen, porque yo nunca he entrado. Todo lo que hay ahí se debe a él, lógico que los fertilizantes e insecticidas se los da Milord.

En cuanto a Trinidad, como consecuencia de este amor quedó esperando un hijo. Sufrió mucho durante la espera pues su esposo, seguía golpeándola e insultándola. Cuando llegó el momento de dar a luz, estuvo tres días con los dolores, pero el Barón no quiso llamar médico, ni comadrona, para que nadie se enterara, solo la atendió Mrs. Woodward, su amiga viuda.

Ella fue una gran compañía para la Sra. Al tercer día, dio a luz una niña, pero luego la mató la fiebre puerperal.

-¡Oh qué pena!, dijo Helen.

-Sí, murió, el Lord nos reunió para decirnos que había muerto de gripe. Vino su familia al entierro, pero nadie se enteró de la verdad, porque todos nosotros le tenemos un miedo terrible al Barón y callamos, además

hablaban en español, porque ella, era de ese país. Su tumba está al otro lado del puente, bajo un árbol. Hay una lápida, ni siquiera una cruz. Tenemos prohibido ponerle flores.

-¿Y la niña?, preguntó Helen.

-Nunca se vio. Por esos días, llegó un caballero de Nueva York con su esposa a pasar algunos días en el castillo, nadie se enteró, cuando se fueron, después de ellos, se fue Mrs. Woodward. Nosotros creemos que la niña también murió.

Milord nos prohibió tener contacto con Paul, salvo Abigaíl y los guardias, que viven en el castillo. Pero nos reunió, para decirnos que mataría, al que hablara de lo sucedido.

Cuando Helen salió a reunirse con los niños, contándoles todo lo que le dijo Ann, Julie lloró por Trinidad y por Paul, los tres quedaron muy tristes con la noticia, que debían darle al prisionero.

-Cuando tu mamá hablaba conmigo, la vieja bruja de Abigaíl no cesaba de pasar por el lado, cuando no tenía nada que hacer en la cocina, dijo Helen. Estoy inquieta por eso, me puede acusar al Barón...

Aún no terminaba de hablar, cuando una doncella se acercó a Helen y le dijo que Lord Hamilton la necesitaba, que se presentara de inmediato. Los tres se miraron aterrados.

¿Habría escuchado algo esa vieja bruja, y el Barón la llamaría para echarla? Las piernas le temblaban a Helen mientras se dirigía a la oficina del Amo del castillo, se persignó y golpeó la puerta.

Capítulo XVII

Helen continuaba de pie frente a la puerta del Barón, tratando de tranquilizarse, golpeó con el corazón latiéndole con furia.

¡Le abrió Abigaíl! Helen palideció, hizo una genuflexión, preguntando:

- ¿Me llamaba, Milord?

-Sí, Abigaíl te dará un nuevo uniforme, para que te distingas como la acompañante de Miss Julie. Te presentarás mañana en mi oficina, con la niña para que inicie sus clases con Miss Mary. Has demostrado tu cariño por ella, a costa de perder tu puesto en esta casa.

-¡Oh, gracias Milord!, dijo Helen emocionada.

-Ya que no trabajarás más en la cocina, puedes estar con Julie, mientras escucha sus lecciones.

-¡Muchas gracias, Milord!

-Abigaíl te entregará ahora, el nuevo uniforme. Pueden irse.

Ambas se inclinaron y salieron. El Ama de llaves echaba chispas por los ojos, extrañaba mucho a su amiga Marion.

El uniforme que le dieron a Helen era hermoso; una blusa blanca, con chaquetilla azul ajustada de mangas largas, también ajustadas, con una falda del mismo color que la chaqueta, con polisón pequeño y volantes discretos, en cascada. Plana en la parte anterior, tal como

era la moda del momento, pero mucho más sencillo. En la cabeza no llevaba más que su peinado, hecho con su hermoso cabello negro ondulado, recogido en un moño de trenzas gruesas, pequeñas pelusas de pelo crespo en la frente, la adornaban en forma natural.

La muchacha era alta, de modo que se veía bonita con su nuevo uniforme. Sus ojos cafés tenían un brillo especial, tal vez su bondad se reflejaba en ellos.

Cuando llegó donde Julie y Tommy, estos dieron un grito de alegría abrazándola. De inmediato les contó lo sucedido.

-Estábamos preocupados por ti, dijo Tommy.

-Te ves muy linda, dijo Julie.

-Pienso, mi querida niña, que algún cariño te tiene el Barón, porque no te quiere dejar sola con la institutriz.

-No lo sé, dijo Julie, ¿entonces por qué me trata tan mal? Después de conversar un rato sobre aquello, Helen dejó a los niños en el parque, y se dirigió a ver a Ann.

Ann se puso muy feliz al verla, más aun, cuando le contó lo sucedido, en la oficina de Lord Hamilton.

- Y Ud. Mrs. Wilson, ¿Cuándo llegó al castillo?

- Hace 15 años, me vine de Nueva York con una familia que viajaba con Miss Woodward, buscaban una ayudante de cocina. Allí aprendí a cocinar, ya tengo 33 años.

-Es Ud. joven aún, dijo Helen.

-Sí, pero el sufrimiento, me hace ver mayor.

-Helen estuvo a punto de preguntarle por Tommy, de quién era hijo, pero no se atrevió.

Ann sin que se lo pidiera, empezó a contar:

Un día, cuando yo ya sabía cocinar muy bien, gracias

a lo que aprendí de Sally, la cocinera de mi ama anterior, llegó de visita Mrs. Woodward, preguntándole a la Sra. si conocía una cocinera, para la casa del Barón Hamilton, pues la que tenía, se había muerto. Mi ama, Mrs. Ross como era muy buena, pensando que llegaba el momento que yo tuviera un rango superior, me dejó venir al Castillo desempeñando este puesto, no ya como ayudante de cocina, sino que como primera cocinera.

Mientras tanto Milord llevaba una vida desatada, tenía mujeres a destajo, las traía al castillo y se quedaban en él por varios días, nosotros los sirvientes no debíamos preguntar nada, solo servir.

Hacía ya siete años que trabajaba aquí, cuando un día Abigaíl en la hora de la siesta, me dijo que el Barón me necesitaba. Ya se había casado con la Sra. Trinidad hacía más o menos un año, dejando de traer mujeres a la casa. Me extrañó que me llamara porque en todos los asuntos domésticos, nosotros nos entendíamos con Patrick o con la misma Abigaíl, pero hube de ir. Milord se encontraba un poco bebido, en cuanto entré, sin decir palabra, me dio dos fuertes bofetones en la cara y me tiró sobre un sillón que antes tenía en su oficina. Quedé medio aturdida. Yo era delgada y frágil debido a la mala alimentación que había tenido de niña. Se me tiró encima y allí mismo me violó, bajo amenaza de muerte. Se ensañó conmigo, yo vivía aterrorizada. Nadie me preguntaba qué me había pasado, pues tenía la cara llena de moretones. Durante mucho tiempo, estuvo haciendo lo mismo. Podría haberle pedido ayuda a Mrs. Woodward, pero el pudor y el miedo, me lo impedían, pues como te dije estaba amenazada de muerte, si hablaba o contaba algo.

Era un salvaje, un hombre terrible. Me imagino cómo sufriría la señora.

Quedé embarazada de Tommy, no dije nada, ni siquiera a él, a los seis meses, no pude ocultarlo más y me dio una golpiza atroz para que lo perdiera, pero Dios quiso que lo conservara. Cuando nació, nadie me preguntó nada, pero todos los sirvientes me ayudaron, menos Abigaíl.

Nunca más me molestó, dicen que al año de estar casado, quedó impotente y la Sra. sufrió las consecuencias, por sus celos y sus golpes.

Odia al niño, tiene prohibido que ande por la casa, debe estar en la cocina solamente, o en el parque. Lo hace trabajar. Sabe leer y escribir porque yo le enseñé.

-Pero ¿Por qué no le dijo a Mrs. Woodward lo que le pasaba?!

-Ya te dije que me amenazó de muerte, si hablaba.

-Cuando alguien me preguntaba quién era el padre, yo callaba.

-¿Y el niño, no se lo pregunta?

-No, pero creo que sospecha o alguien le ha dicho algo.

-¡Cuánto ha sufrido Ud.!

-Desde jovencita.

-¿Y su familia? ¿No tiene familia? Quiso saber Helen.

-Sí, en Nueva York, me escribo con mi madre hace unos dos años. Ellos están bien, pero mi padre no quiere verme.

-¿Y por qué?

-Me echó de casa, éramos cinco hermanos. No vivíamos mal. A los quince años me enamoré, era mi novio oficial, con la promesa de matrimonio, le creí y

quedé esperando un hijo. Cuando se lo dije desapareció, no se vio nunca más. Entonces mi padre enfurecido me tiró a la calle, me vi sola y en la miseria con una beba en brazos.

-¿Y dónde está esa bebita?, dijo Helen.

-No lo sé, no podía criarla. Este dolor lo llevo como espina en el corazón, ¡cómo desearía tenerla a mi lado!

-¿Y qué edad tendrá ahora?, preguntó Helen muy emocionada.

-18 años recién cumplidos.

-¿Por qué no la busca?

-Recuerdo que tenía una mancha detrás de la oreja derecha, como un lunar, más bien grande.

-¿Cómo esta?, dijo Helen mostrando su oreja.

-¡Sí!, casi gritó Ann. Recordaron con la joven, la historia del abandono en la iglesia de Nueva York, el papel escrito entremedio del chal, que Helen aún conservaba y se abrazaron llorando durante mucho rato. Dios había querido reunir las, la emoción y la alegría las dominaban.

-Solo se lo contaremos a los niños, si el Lord se entera puede intentar separarnos, dijo Ann, y no lo soportaría otra vez.

-Mamá, al fin puedo decir mamá, dijo Helen ¿Qué haremos?

-Seguir trabajando amor.

-¡Tommy es mi hermano!

-Sí, ¿me perdonas Helen?

-Eras una niña casi, te abandonaron cuando más los necesitabas.

-Mamá me dio ropas y me ayudó a tenerte. Ella te dejó en las puertas de la iglesia. Por más que le suplicó a mi padre, éste fue inflexible.

-Y mi padre, el mío ¿quién era? quiso saber Helen.

- Se llamaba Hugh Smith, pero nunca lo volví a ver desde que supo de mi embarazo.

- No merece ni siquiera que pensemos en él, aseveró Helen.

Cuando se juntó con los niños no les dijo nada aún.

Aquella noche se preparaba a dormir feliz. Al fin tenía una familia, madre y hermano. Pero también tenía miedo, porque si por cualquier motivo, el Barón se enteraba la echaría del castillo.

Además tenía una pena y esa pena era por Paul, por la noticia tan triste que debía darle, la muerte de Trinidad.

Se daba vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño, mientras Julie dormía plácidamente en la cama de al lado. Si el Barón llegaba a saber la verdad, los echaría a todos y dejaría a Julie sola con él, ella la quería como una hija. Le diría a Mrs. Wilson ¡su mamá! que no le contaran a los niños todavía, eran tan pequeños que algo se les podría escapar.

Se encontraba desvelada con estos pensamientos, cuando golpearon la puerta de la habitación, se quedó esperando aterrorizada, ¿se habría enterado de algo el Barón?

Volvieron a golpear, Helen se levantó temblando y abrió. ¡Era Abigaíl!, traía una vela en sus manos, iba con un largo camisón y el pelo suelto. ¡Ahora sí que parecía una bruja! ¡Casi saltaban chispas de sus ojos!

Entró y cerró la puerta, Helen sintió un miedo terrible ¿Qué querría esta horrible mujer? ¿Para qué vendría a esas horas de la noche? ¡Solamente la miraba como si

quisiera matarla, sin decir palabra! ¿Qué pretendería,
habría escuchado algo?...

Capítulo XVIII

Helen contemplaba sin respiración a la vieja que la miraba con odio. Al fin decidió no mostrar su miedo, y le dijo desafiante:

-Diga Miss Smith, ¿qué desea?

-Deseo solo prevenirte. Marion te envía un saludo, dice que te andes con cuidado, porque te pegará donde más te duele, por lo que le has hecho.

-Yo no le he hecho nada, alcanzó a decir la muchacha.

La vieja sonrió con odio, dio media vuelta y antes de salir, sentenció.

-Ya lo verás.

Helen puso pestillo en la puerta sentándose en la cama, aterrada ¡La había amenazado esa horrible mujer! ¡Marion, una malvada, aún no se conformaba! ¡No se había ido para siempre como ella pensó!

Se lo contaría a Ann, su madre, al día siguiente. Miró a Julie, dormía plácidamente, no se enteró de nada.

Aquella mañana Abigaíl, se comportó en el comedor de los criados, como si no hubiera sucedido nada. Helen estaba tomando su desayuno, cuando apareció Patrick y le dijo:

-Helen, tú debes desayunar en tu habitación con Miss Julie, recuerda que eres su acompañante. ¿No te lo dijo Miss Smith?

-No lo sabía Mr. Patrick, desde mañana lo haré.

-No, creí que Abigaíl te lo había dicho, pues ayer dio la orden Milord. El almuerzo lo harás aquí y la hora del té como siempre, porque la niña está con el Barón. Ve a buscar tu bandeja y la de Miss Julie.

Abigaíl estaba callada y furiosa, Ann sonreía, encantada por lo que le sucedía a su hija.

Desayunaron juntas con Julie, riendo felices, pero Helen tenía una espina en el corazón, por la terrible visita nocturna que había recibido.

Miss Mary resultó ser una excelente persona. Enseñaba a ambas sin tener la obligación de hacerlo. Era cariñosa con Julie, hacía participar a Helen. Fue una mañana de mucho trabajo, pero el cansancio fue renovador.

Julie almorzó con Miss Mary y el Barón; Patrick y Helen estaban de pie, esperando órdenes. La institutriz no molestó en nada a la niña, haciéndola entrar en la conversación. Al levantarse, en un aparte le dijo,

-Mañana en la clase aprenderemos modales.

-Sí Miss, dijo Julie sonriendo.

Miss Mary le dio un beso en la mejilla, retirándose a su habitación.

Después de las tareas y el té, se reunieron con Tommy para visitar a Ann. Helen posó el dedo en sus labios, de modo que solo su madre la viera, para que no contaran nada a los niños aún y luego habló de la amenaza de Abigaíl.

-Pero ¿Qué pretenderá hacer esa vieja?, dijo Tommy.

-Es mala, opinó Julie.

-Debes tener cuidado Helen, previno Ann, no te vaya a culpar de un robo, mira bien en tu habitación. Fíjate que no hayan puesto nada extraño, que no sea tuyo o de la niña.

-¡Oh Mrs. Wilson, tengo miedo, Marion es capaz de todo por venganza!

-Debemos estar atentos, muy atentos, acotó Tommy, tengan cuidado ahí viene Abigaíl, agregó.

-Wilson ¿tú no tienes nada que hacer, que estás tan tranquila conversando?

-Ya tengo preparada la cena Miss Abigaíl.

-Ojalá que así sea, dijo la vieja, mirándolos a todos. ¡Ah! dile a tu hijo que recuerde las órdenes de Milord, y deje de entrar en la mansión.

-Yo no he entrado mamá, dijo Tommy.

-Mejor, mejor, si no te acusaré al Barón, para que te aplique una buena disciplina.

Y se marchó.

-¡Vieja mala!, dijo Julie.

-Es amarga, comentó Ann, porque nadie la quiere. Mr. Patrick apenas la pasa.

Acordaron que al día siguiente como era domingo y Ann tenía la tarde libre, quedando a cargo la segunda cocinera, irían al bosque para hacer un picnic. Convidaron a Miss Mary que pasaba sola, encerrada en su habitación y ella accedió encantada.

Se reunieron a la hora convenida tendiendo un mantel en el césped, cerca de la laguna. Era un hermoso día de sol, sacaron su canasto con sándwiches y jugos, mientras los niños jugaban a la escondida. Labrador corría tras Tommy y éste se enojaba, porque Julie lo encontraba de inmediato debido al perro.

Mientras, Ann y Helen disfrutaban felices de su maravilloso encuentro, conversando con Miss Mary y mirando a cada instante a los niños, para que no se acercaran al agua.

De pronto se vio a Tommy correr y gritar

-Julie, hace rato que te busco, ya no te encuentro, me doy por vencido, tú ganaste, sal de tu escondite. -
Búscala Labrador, búscala.

Labrador buscaba y buscaba, pero sin éxito. Las mujeres reían al ver el enojo de Tommy.

-No mamá, dijo Tommy angustiado, si es en serio, hace rato que no la encuentro y Labrador tampoco.

Todas se levantaron de un salto para buscar a la niña.

-Julie, Julie, gritaban, pero Julie no aparecía, transcurrió la tarde y la pequeña no apareció por ninguna parte.

Labrador corrió hacia el puente, ladrando. Todos corrieron hacia allá, el gorrito de Julie estaba en el suelo, un sollozo se escapó de la garganta de Helen, y recordó: "te pegará, donde más te duele". ¡ Era Marion, no cabía duda, era Marion!, ¡pero cómo, cuándo, en qué momento, si ni el perro se dio cuenta!

Siguieron gritando, pero nada, solo el eco respondía a sus voces...

Capítulo XIX

El picnic se había hecho con la autorización de Patrick, quién a su vez la había pedido al Barón, porque Julie y Helen no estarían a la hora del té.

Nadie en la mansión sabía lo que estaba sucediendo en el parque. Se oscureció y Ann decidió pedir ayuda a los trabajadores, para buscar la niña. Designaron a Miss Mary, con la difícil misión de poner al tanto de lo ocurrido a Lord Hamilton.

Cuando el Barón se enteró, se enfureció, su primera reacción fue:

-¿Dónde estaba Helen que no la cuidó?

-Todas estábamos allí, dijo Miss Mary, se hallaba jugando con Tommy, mas de pronto desapareció.

-¿A qué hora fue eso que recién se me comunica?

-Acabábamos de instalar el mantel y abrir el canasto para el picnic, con Mrs. Ann Wilson. No cesábamos de mirar a los niños, que jugaban al escondite con "Labrador", el perro de Tommy, cuando el niño le dijo a la pequeña que saliera, que ya no la podía encontrar, ni siquiera "Labrador" lograba hacerlo. Entonces la llamamos y como no respondiera, empezamos todos a buscarla, hasta esta hora. No la encontramos, solo su gorrito en el puente. Pedimos ayuda a los trabajadores, todos están buscándola en este momento Milord.

-Miss Mary, ¿sabe Ud. que Julie es lo único que tengo?, expresó Lord Hamilton con la voz quebrada, es hija de la única mujer que amé.

-¡Oh Milord!, respondió Miss Mary, que siempre pensó que el Barón reaccionaría furioso, por eso se conmovió al verlo tan desesperado. Debemos buscarla y rápido, ¡es tan pequeñita!

-¡Pero Helen, las pagará!, dijo Lord John.

-No Milord, Helen está destrozada, daría su vida por ella.

-Pero entonces, ¿cómo se descuidó tanto?!

-Milord ella era la que más se preocupaba de los niños.

-Miss Mary, llame a Patrick antes de volver a la búsqueda de la niña por favor, y que Helen se presente aquí de inmediato.

-Sí Milord.

Cuando Patrick llegó, Lord John le ordenó que organizara a los trabajadores con antorchas y perros, para buscar a la niña.

Helen se presentó llorando ante el Lord, ¡estaba desesperada! Iba llegando a su oficina, cuando sintió una verdadera garra que surgió de la oscuridad y la tomó del brazo. Era Abigaíl, la única que no participaba en la búsqueda.

-Si dices algo de lo que sucedió anoche en tu dormitorio, la cría morirá.

-¡Perra!, sollozó Helen, ¿Qué hiciste con ella? ¡Vieja bruja! ¡Vete de aquí, vete mujer amarga, malvada!

La vieja lanzó una carcajada, Helen se precipitó a la oficina del Lord. Golpeó, pensando que sería despedida, pero ya no le importaba, lo único que quería era que apareciera su niña.

-¡Adelante!, dijo Lord Hamilton. Toda su rabia se desvaneció al ver a Helen, se dio cuenta que el amor que esta joven sentía por Julie era inmenso, y le dijo:

-Cuéntame Helen.

Ella sintió cierta ternura en su voz, lo que nunca había escuchado y sin pensarlo, le contó todo, hasta lo de Abigaíl la noche anterior, y la reciente amenaza de ésta.

-No le diremos nada ahora, dijo el Barón, pero nos mantendremos vigilantes, siguiendo los pasos de esta mujer. Sal de aquí llorando, haciéndola creer, porque debe estar espiando por algún rincón, que te eché y te insulté, para que le comunique a sus cómplices, porque si han sacado a la niña del castillo, deben ser varios u otro, además de Marion.

Vete a buscar a Julie con los demás, por si aún no se la han llevado fuera de la mansión. Hablaré con el Jefe de la Policía. Dile a Patrick que venga para que me lleve hacia allá, que deje a un trabajador de su confianza, para que organice a la gente.

Cuando Helen abrió la puerta para salir, el Barón le gritó:

-¡Vete de aquí! Y yo que había depositado en ti, toda mi confianza ¡Prepara tus cosas y te vas del castillo!

-¡No, por favor Milord!, debo encontrar a la niña primero.

-¡Vete estúpida, vete!

-Helen salió llorando, pues no le costaba hacerlo dado las circunstancias que estaba viviendo. Cuando dio vueltas por un pasillo se encontró con el ama de llaves, que parecía un fantasma, tras el candelabro de tres velas, que llevaba en la mano y al verla lanzó una carcajada como de otro mundo, creyendo que el Lord había despedido a la muchacha.

Helen no pudo contenerse, arrancándole el gorro con toda su fuerza, de modo que le deshizo el moño y

le dijo. -Si no encuentro a Julie, te mataré vieja malvada, te mataré sin piedad.

La vieja abrió tamaños ojos, sorprendida de la actitud de Helen, siempre tan pasiva y tranquila, pero a la pobre muchacha el dolor la tenía trastornada.

Cuando llegó al lugar en que Patrick reunía a los trabajadores, organizados con antorchas y perros, le comunicó las órdenes del Barón. Éste dejó al mando a William, pues según todos, Wilfred había amanecido con fiebre, muy enfermo por lo que se encontraba en su cama, en la caseta del jardín, sin poder moverse.

Patrick partió con Lord John, donde el Jefe de Policía y William empezó la búsqueda de la pequeña por cada lugar del parque. Eran las diez de la noche.

Tommy, Helen, Ann, y Miss Mary iban junto a "Labrador", el que al pasar frente al muro del Jardín, donde se encontraba prisionero Paul, se detuvo a ladrar furiosamente, seguido por los otros perros que participaban en la búsqueda, después de haber oído el gorrito de Julie.

¿Por qué los perros se detenían allí y no querían seguir caminando? ¿Acaso recorrerían todos los lugares por los que antes había andado Julie? Algo sucedía o sucedió con ella ahí adentro.

Will llamó a su hermano, pues él no tenía llave para entrar, tampoco estaba el Lord para pedírsela, pero éste no contestó. Siguió llamando, nadie respondió. Entonces dándole una mirada cómplice a Tommy, decidieron calladamente, sin que nadie se diera cuenta, abordar el jardín por la entrada secreta. Estaba al otro lado por lo tanto no serían vistos. Labrador continuaba ladrando furiosamente, junto a los otros perros.

Tommy le silbó de una forma especial, entonces

siguió al niño y a Will para penetrar por el muro, tras la hiedra, lejos de la mirada de los demás.

¿Por qué “Labrador” estaría tan nervioso? ¿Acaso Julie estaba prisionera allí, para luego ser llevada a otro lugar?

El perro fue el primero en entrar en la oscuridad de la noche y olía cada paso que daba. Felizmente una discreta luna alumbraba suavemente el Jardín.

¿Estaría allí Julie o ya se la habrían llevado? Entraron silenciosamente para no ser descubiertos, porque temían que alguien les disparara. Hasta el perro era cauteloso, pero sabía muy bien adónde se dirigía y era seguido sigilosamente por Tommy y Will.

¿Encontrarían allí a la pequeña?
Tommy rezaba porque así fuera.

Capítulo XX

Labrador olía silenciosamente el césped del jardín, Tommy le había puesto su correa y sujetándolo fuertemente le susurraba en la oreja. Will iba detrás caminando inclinado. El perro se dirigía a la caseta de Wilfred, el que se veía totalmente sano, sin ningún problema, con su carabina al hombro, de espaldas a los visitantes nocturnos, dando órdenes a un trabajador, que se destacaba por su mal carácter, apodado “Wolf” porque tenía cara de lobo.

-¿Qué haremos? Dijo Tommy a Will, mientras estaban escondidos tras un árbol.

-Tiremos una piedra a la distancia, dijo Will.

-Temo que el perro de Wilfred nos sorprenda.

-Está afuera, anda con Herbert, que ni siquiera sabe que Wilfred es el causante del rapto, lo debe haber hecho para simular su enfermedad, como que no necesitaba al animal.

-Menos mal, suspiró Tommy, esperemos cuando Abigaíl traiga la comida de Paul. Ahí podremos hacer algo.

Repentinamente hubo movimiento y Marion salió de la caseta muy exaltada diciendo a Wilfred:

-¡Estúpido, están afuera con los perros, pronto vendrá el viejo, abrirá la puerta y nos sorprenderá! ¿Qué haremos entonces?

-Sube de inmediato a la escalera que está en el fondo,

donde termina el muro, hace poco te la puse ahí. Te pasaré la chiquilla, pero quiero la plata de inmediato.

-Cuando me pases la cría te daré el dinero, después la llevaré al orfanato, ésa será mi venganza. Me embarcaré gracias a un amigo marino que nos esconderá en la bodega del barco, allá sabrán qué hacer con ella. Seguramente la enviarán a otro orfanato muy lejos de aquél, para que nunca sea encontrada, en donde las mandan a pedir limosna.

-Bueno, ve a la escalera, arriba de ella, te la entregaré y me darás el dinero, huirás con "Wolf", ése nunca se ve, nadie lo echará de menos.

-¿Y cómo bajaré?

-Wolf acaba de colocar una escalera al otro lado, bajarás tú, con él y la cría.

-¿Qué haremos? volvió a preguntar Tommy, después de escuchar todo aquello.

-Saldremos por la parte secreta del muro, correremos con Labrador. Le ordenarás al perro que ataque a Marion y al hombre.

Wilfred entró en la caseta y volvió con Julie en brazos. Estaba dormida con algún soporífero, amordazada, amarrada de pies y manos. Tommy lloró de impotencia.

- No llores Tommy, dijo Will, en un instante estará con nosotros.

Siguieron a los raptos escondiéndose de árbol en árbol. "Wolf" estaba arriba esperando recibir a la niña.

Marion subió penosamente debido a sus ropas, seguida por Wilfred con la niña en brazos, éste le entregó la pequeña, y la malvada se volvió para dársela a "Wolf".

-Apúrate imbécil, dijo la falsa institutriz, pasando la bolsa con dinero a Wilfred.

El dinero lo había robado Abigaíl, pues era la cómplice que tenía en el interior del Castillo, el Barón aún no lo había echado de menos.

Will, Tommy y “Labrador”, ya estaban al otro lado del muro, corrieron tras el perro que encontró de inmediato la escalera, aunque estaba oculta entre las enredaderas.

Labrador se lanzó de inmediato sobre Wolf mordién-dole un muslo, ocasión que aprovechó Will para quitarle la niña. Mientras Wolf gritaba de dolor, Tommy se colgó del vestido de Marion hasta que ésta cayó al suelo, lanzando mil improperios y quejidos.

Cuando Wolf quiso sacar su arma, “Labrador” se volvió a lanzar sobre él y le mordió la mano haciéndolo soltar la pistola, la que tomó Tommy, obligándolos a caminar hacia el portón de entrada del Jardín. El hombre gritaba de dolor y la mujer apenas podía andar, después del tremendo golpe, debido a la caída de la escalera.

El Barón recién llegaba con el Jefe de policía, iba a abrir la puerta del muro cuando aparecieron Will con la niña en brazos, Tommy y su perro y los dos malvados, que apenas caminaban, custodiados por el niño, con pistola en mano.

-Milord, ya la tenemos, dijo Will. Estaba en la caseta de los trabajadores, estos dos, huían por una escalera con ella.

-¡Oh!, dijo el Lord tomándola en sus brazos, ¡pobre pequeña!, ¡Helen, Miss Mary! llamó, ellas corrieron llorando. Llévela a su habitación, revísenla, vean si está bien. Patrick, ve a buscar al médico, debo encargarme de estos facinerosos, con Mr. Bennet el Jefe de Policía.

Se volvió hacia Tommy diciéndole:

-Muy bien muchachito, tienes un perro de primera, luego se dirigió a Will:

-Gracias Will, pasarás a jefe de los trabajadores reemplazando a tu hermano enfermo.

Will bajó la cabeza y dio las gracias.

-Milord, dijo Tommy, Willfred no está enfermo, inventó todo aquello para recibir dinero por el rapto de Miss Julie. Nosotros vimos cuando Marion le pasó una bolsa como pago, ella pensaba llevarla al orfanato de donde procede, para que de allí la mandaran a otro, a pedir limosna en las calles.

-Sí, dijo Will, que como era un buen hombre sufría por la conducta de Willfred y por el costo que tendría que pagar por ello.

Los dos delincuentes, fueron esposados por los policías que acompañaban al Jefe Bennet.

-Esperen un momento, dijo el Barón, hablando algo al oído de Patrick, falta otra persona más.

Éste entró por la cocina con un policía, y apareció con Abigaíl lanzando chillidos y maldiciones como una verdadera bruja, venía esposada. Se volvió hacia el Lord y le dijo:

-¡Viejo malvado, te las sé todas en los veinticinco años que he sufrido aquí, tú deberías ir esposado, te maldigo, te maldigo viejo insensible y cruel!

Él no dijo nada dirigiéndose al Jardín con Mr. Bennet, otros policías, Tommy y Labrador, pues Will no quiso ir a la captura de su hermano. Caminaron rápidamente, luego corrieron tras el perro que los guió a la escalera donde Wilfred empezaba a subir con el dinero y una enorme bolsa llena de especies robadas al Lord, tenía una pistola en la otra mano.

“Labrador” lo hizo caer lanzándose sobre él, entonces éste disparó desde el suelo. Con la rapidez del rayo, Tommy dio un terrible empujón al Barón, quien desprevenido, también cayó, alcanzando la bala al niño, cerca del corazón. Los policías dispararon, matando a Wilfred.

El Lord tomó al chiquito en brazos corriendo con él a la casa. Cuando salió del jardín, Ann lanzó un grito de desesperación siguiendo a John Hamilton.

Felizmente ya había llegado el médico.

-Milord, dijo, necesitare agua hervida y vendas, debo buscar la bala.

-También traere infusiones de yerbas para lavar la herida Dr., dijo Ann, a pesar que las lágrimas casi no la dejaban hablar. Mientras “Labrador” gemía en la puerta del dormitorio, esperando ver a su amo.

En su habitación Julie había vuelto en sí, llorando abrazada a Helen. Aún no sabían lo de Tommy.

Mrs. Woodward, que se encontraba allí, porque se había enterado de lo sucedido por la gente del lugar, acudió de inmediato, y junto con Miss Mary y la pobre Ann ayudaban al médico con el niño.

-Sálvelo Dr., dijo el Lord, no soportaría que se muriera.

-Haré lo posible Milord, el muchachito es fuerte, espero que resistirá. En cuanto a la niña está bien, la examiné, gracias a Dios no le hicieron daño. Muy nerviosa sí, pero le di un calmante, para que duerma bien. No debe saber lo de Tommy por el momento.

-Así será Dr. dejó a los niños en sus manos. Catalina, dijo dirigiéndose a Mrs. Woodward, ayúdalo por favor.

-Sí John, ve a descansar ahora, contestó ella.

Cerraron la puerta e iniciaron la operación con el niño inconsciente.

El Barón se paseaba nerviosamente por el pasillo mientras Labrador gemía junto a la puerta. John no podía estar quieto, mil remordimientos acudían a su mente, si el niño moría después de salvarle la vida, quería decir que Dios le estaba cobrando todas sus maldades. Acarició a “Labrador” en la cabeza y esperó junto a él lo que tendría que ocurrir, sus piernas temblaban, pero debía moverse, no podía estar quieto sin saber si el pequeño Tommy, su hijo, moriría o se salvaría. ¿Lograría el Dr. encontrar la bala? ¿Resistiría Tommy la gran pérdida de sangre? ¿Moriría el pequeño por tratar de salvar a su padre, que tan mal lo había tratado?

Capítulo XXI

Las horas se hacían interminables para el Lord, ¡pobre chico!, se encontraba en las puertas de la muerte por salvarlo a él. Nunca nadie había hecho algo tan grande por su persona. No sabía si el niño, estaba al tanto de quién era su padre. Si Ann se lo había dicho, ¡cómo habría sufrido, al ver la forma en que lo trataba! ¡Si le tenía impedida la entrada al castillo!

Mientras se paseaba de un lado a otro, recordó su niñez. Su padre era terriblemente severo, ante cualquier travesura o salida de las reglas, que a veces no seguía, como todo niño, era duramente castigado, a reglazos o con la correa. Solo lo recordaba por aquello.

Su madre jamás lo defendía, no hacía caso de él. Era amiga de la vida social, no quiso tener más hijos, porque decía que los críos la molestaban, por eso fue hijo único.

Todas las veces que quiso demostrarle su cariño, lo rechazó, enviándolo donde las niñeras o institutrices del momento, que fueron mujeres duras e insensibles, porque sus padres las preferían así, para que él se criara respetando todas las imposiciones del momento, en la sociedad.

Nunca tuvo nadie que lo quisiera con cariño maternal, a pesar que él en ese entonces, mostraba mucho sus sentimientos.

Casi antes que tuviera la edad, a pesar de todo el

dinero que tenían, no le tomaron profesores, sino que lo enviaron interno, a uno de los colegios más caros, pero más estrictos de Londres.

Los veía solo en vacaciones y a veces ni siquiera eso, pues llegaba al hogar y se encontraban viajando, siendo atendido por personas extrañas, que lo miraban con temor, por ser él, el amo en esos momentos.

Cuando sus padres murieron, era un hombre duro, cruel, indiferente, insociable, que quería a las mujeres para su propia satisfacción, compraba el amor, y siempre que alguna joven acudía para conversar con él, en algunas de las escasas reuniones sociales a las que asistía por obligación, se mostraba irónico y desagradable. Era un hombre muy apetecido por las jóvenes de la época, por su físico y su dinero. Hubo muchos padres de familia de la sociedad londinense, que se acercaban, para concertar un matrimonio, pero siempre se negó, porque miraba a las mujeres solo como un medio para satisfacer sus deseos, pues las consideraba hipócritas, porque nunca había conocido el cariño maternal y la ternura que de éste emanaba.

Hasta que ya viejo, llegó a su vida Trinidad, demasiado joven para él, pero su padre se encontraba muy mal en lo económico y prácticamente, se la vendió. La casó con él por dinero, en un momento en que ya no atraía a ninguna mujer, debido a su edad, nada más a las mayores y según se daba cuenta a Rose, pero él la consideraba solo su amiga y como tal la quería.

Durante el noviazgo que era indispensable en aquella época, se enamoró perdidamente de ella, pero Trinidad fue sincera, le hizo ver que no lo amaba y no lo amaría nunca, que era un sacrificio que hacía por su padre, por lo que él sufrió una nueva decepción en cuanto a

las mujeres, y la noche de bodas cuando ella se negó a estar con él, trató de convencerla, esperó tres noches, luego se sintió como un imbécil y se portó como un salvaje, sin miramientos, la violó.

Desde entonces vinieron los maltratos y las violaciones, ella lo odiaba y él la amaba cada día más, en el intertanto tuvo el "affaire" con Ann si se puede llamar así, porque la mujer fue obligada, dejándola embarazada. Luego quedó impotente, aumentaron sus celos, y por ellos, hacía sufrir aún más a Trinidad, pues se daba cuenta que nunca lo amaría, por lo infame de su conducta.

Pasó el tiempo y el hombre de su confianza, Willfred, que ahora lo había traicionado, le contó que Trini lo engañaba con Paul. Se apoderó de él una furia indescriptible, estaba dispuesto a matarlos, pero ella le rogó tanto, que les perdonó la vida encerrándolos y no permitiéndoles verse nunca más, ni siquiera saber uno del otro. Luego se enteró del embarazo, después vino la muerte de su esposa, por su culpa, por haberla hecho sufrir lo indecible, y ¡la niña! ¿Por qué él querría tanto a aquella muchachita? ¿Qué lo habría llevado a dársela a su único pariente, cuando la amaba como si fuera suya? Y ese niño tan hermoso e inteligente, que hoy le había salvado la vida, ¿Por qué lo habría tratado tan mal, si estaba seguro que era su hijo? Era igual que él cuando pequeño, el mismo físico.

Ahora ¿Cómo podría arreglar las cosas? ¿Cómo arreglaría su vida y sobre todo las de los demás, hasta cuándo tendría preso a Paul? Si había sido el único hombre, que hizo feliz a su esposa.

¡Trinidad! ¡Trinidad! ¡Yo fui el causante de tu muerte por todo lo que te hice sufrir! ¡Perdóname querida! ¡Perdóname!

De pronto se abrió la puerta de la habitación, después de horas, iluminado por velas, el médico encontró la bala, lavó bien la herida, paró la hemorragia, cerró el campo operatorio y vino a dar explicaciones al Barón.

-El niño es fuerte, dijo, esperemos que reaccione bien, Ann y Mrs. Woodward lo cuidarán el resto de la noche, mañana muy temprano estaré aquí para controlarlo.

-Gracias Dr., no sabe cuánto le agradezco su oportuna intervención. Llamó a Patrick ordenándole que llevara al médico a su casa.

En seguida entró, observó al niño que dormía por efecto de un soporífero y se retiró, dejando a las dos mujeres a su cargo.

Se dirigió a su oficina y sentándose al escritorio, se cubrió el rostro, sollozando.

Después de unos momentos se sintió un suave golpe en la puerta.

-Un momento, dijo.

¿Quién sería?, ¿lo habrían sentido llorar? ¿Se habría muerto Tommy? ¿Debería mostrar su pena, sus sentimientos, o continuar siendo el ogro que siempre fue?

Se secó las lágrimas, se aclaró la garganta, diciendo:

-Adelante.

Capítulo XXII

-**A**delante, repitió el Barón.

Nadie entró, volvió a sentirse como un rasguñar, entonces se dirigió a la puerta, la abrió ¡Era Labrador que gemía, estaba preguntando por su amo!

Lord John lo acarició, llevándolo a la habitación del muchachito, para que comprobara que estaba vivo. Allí velaban Ann y Katherine Rose Woodward, la única amiga de Hamilton.

Una vez que el perro se hubo calmado, el Barón volvió a su escritorio. Esa noche esperaría, no podía irse a descansar. Con el perro a sus pies, se quedó dormido, con la cabeza entre los brazos, sobre el escritorio, sin saber lo que traería la mañana siguiente.

El primer rayo de sol entró por las ventanas del altillo que iluminaban la biblioteca. John levantó la cabeza, sin saber en el primer momento por qué estaba ahí. Consultó su reloj, eran las 6 de la mañana, el perro seguía a sus pies. Se dirigió rápidamente, seguido por “Labrador”, a la habitación de Tommy. Allí, Ann lloraba silenciosamente, mientras ponía paños fríos, en la frente y el abdomen del muchachito.

-¿Cómo está?, preguntó John.

-Hierve en fiebre, contestó Catalina, como la llamaba a veces John.

-¿Recupera la conciencia?, preguntó el Lord.

-Sí, pero la fiebre lo tiene alucinando.

-Iré a prepararle infusiones de yerbas de nuevo, eso tendrá que bajarle la fiebre, opinó Ann y salió.

Después de un momento, golpearon la puerta, era Helen, lloraba.

-Perdón Milord, ¿puedo entrar?, recién me he enterado de lo de Tommy.

-Sí, dijo John, muy abatido, pero no le cuentes nada a Julie ¿Cómo amaneció?

-Está dormida aún.

-Déjala descansar, una vez que despierte me llamas.

-Si Milord, ¿cómo está Tommy?

-Aún no sabemos cómo reaccionará, por el momento la fiebre lo consume.

-¡Oh!, dijo Helen, iré a ayudar a Ann ¡pobrecita!, ¿cómo estará sufriendo!

Salió sollozando. ¡Su hermanito, su hermanito!, ¡tan noble y encantador! Dios no permitiría que recién encontrado, lo perdiera, todo por culpa de esas brujas, Marion y Abigaíl. ¡No, No!, ¡Dios lo salvaría!

Se encontró en el pasillo con Patrick, que conducía al Dr. al dormitorio de huéspedes, donde estaba el pequeño.

Al llegar a la cocina, Ann preparaba las infusiones, deshecha en lágrimas. Ambas se abrazaron llorando.

¡Mamá, mamá!, dijo Helen, ¡no llores más, que Tommy resistirá, es un muchachito fuerte, ten confianza en Dios!

Volieron al dormitorio, para colocar en el cuerpo del niño paños húmedos, pero fríos, con las infusiones de yerbas, según las indicaciones de Catalina.

El niño se movía inquieto diciendo palabras ininteligibles. Después de una media hora los emplastos

fríos lograron su objetivo, bajando la fiebre un poco, y el niño se quedó dormido.

El médico permaneció toda la mañana allí, prometiendo volver en la noche.

-Esta crisis durará unas 48 horas dijo, si no pasa, hay que esperar lo peor, por la gran pérdida de sangre y la alta temperatura que ha presentado el muchachito. Volveré a la noche Milord.

-Gracias Dr., dijo John.

Luego se dirigió a la habitación de Julie, junto con Helen.

La niña se asustó cuando lo vio, pero él quería saber cómo se sentía, y si los raptos la habían maltratado o dañado en alguna otra forma. Venía a verla y a saber cómo sucedió.

-Me encontraba jugando a las escondidas con Tommy, en unos tupidos matorrales, cerca de la laguna, iba corriendo para ocultarme de Tommy, cuando de pronto frente a mí, veo a Willfred que me dice

-Hola, Miss Julie, ¿cómo está?

-Bien Wilfred, contesto yo, cuando por atrás, alguien, que después supe era Marion, me puso un pañuelo en la nariz y la boca, con algo que me hizo desmayar. Perdí el sentido y desperté atada de pies y manos, amordazada en una cama, en la caseta de los trabajadores, mientras Willfred, otro individuo que apodaban Wolf, y Marion se emborrachaban.

Me puse a llorar, pues la mordaza me ahogaba, pero ellos se rieron de mí. La bruja Marion me dijo que me llevaría a Nueva York a un Orfanato, donde las niñas deben pedir limosna. Nos embarcaríamos en dos días más. Luego llegó Abigaíl con dinero y especies y se abrazaron riendo con Marion.

-Querida, dijo él, debes olvidarte de esta pesadilla.

-Lord John, quiero pedirle un gran favor.

-Dilo Julie

-Quiero que Tommy me acompañe, que esté aquí conmigo.

-Así lo haremos querida, ahora descansa, luego te podrá ver.

El corazón de John, pegó un vuelco, lo primero que le pedía su querida niña, no podía dárselo y si Tommy moría, ¿cómo haría para decírselo? Tal vez lo odiara por ser él la causa indirecta de su muerte, porque había entregado su vida por él, un viejo cruel y egoísta. Se despidió de la pequeña que quedó acompañada de Helen y por primera vez después de muchos años, se arrodilló junto a su cama a rezar, Labrador se tendió a su lado gimiendo y un relámpago seguido de un terrible ruido ocasionado por el trueno que le siguió, anunció una tormenta de verano ¿Sería un presagio, pensó el Lord por las cosas terribles que podían suceder, Julie no lo perdonaría nunca, si Tommy moría y eso sería su muerte también, pues perdería a los dos muchachitos. Sintió la lluvia que caía a borbotones, como si el cielo también llorara lo incierto de la situación, entonces el dolor de John se hizo mayor y rezó, rezó, rezó, esperando tristemente los acontecimientos y pidiendo perdón a Dios...

Capítulo XXIII

Aquellos dos días que siguieron fueron terribles. La tormenta se alargó como nunca, rayos y truenos asolaban el lugar. Julie estaba aterrorizada, pasaba abrazada a Helen, preguntándole por Tommy, ésta ya no sabía qué responder. Todas las costumbres habituales habían pasado a segundo plano, pues existía una espera lenta y angustiosa. Tommy tan pronto parecía mejorar, como caía de nuevo en esa fiebre que casi le quitaba la vida. Ann y Katherine luchaban afanosamente contra ella, hasta que lograban calmarlo.

Pasaron las cuarenta y ocho horas y aquel amanecer fue extraordinario. El sol alumbró espléndido con su cara sonriente, las flores brillaron más hermosas que nunca, con sus matices y colores, las mariposas con sus alas extendidas, volaban entre las rosas del jardín y los colibríes despertaron y lanzaron sus hermosos silbidos, pegados a las campanitas rojas que adornaban la entrada de los pastizales.

Revivió el jardín y el parque.

Ya no podían seguir engañando a Julie, haciéndola guardar cama. Se le permitió levantarse. Era muy temprano aún, Helen le peinaba las rubias trenzas, cuando entró Ann y se derrumbó en el sillón estilo rococó que adornaba la habitación, llorando estrepitosamente. La muchacha corrió hacia ella, Julie quedó impresionada, estática, sin saber por qué lloraba Ann.

-¡Mamá! ¡Mamá! ¿¡Qué ha pasado!?, preguntó Helen temiendo lo peor.

Julie no comprendía por qué Helen le decía mamá.

-Casi sin poder hablar, Ann contestó

-¡Se ha salvado! ¡Se ha salvado! Mi Tommy ha despertado y se está comiendo un caldito de pollo.

-¡Oh mamá! ¡Qué felicidad! Dijo Helen, abrazándola. ¿Con quién está ahora?

-Con Mrs. Woodward y Milord, Me han dicho que me vaya a descansar. Pero no quiero pasar lejos de él, hija mía.

-Helen, dijo Julie, por favor me puedes explicar ¿qué pasa?

Le contaron todo a Julie, ahora que el peligro había pasado.

-¡Oh!, ¡qué terrible!, por eso Lord John, no volvió a verme, yo pensé que Tommy había sido castigado, por lo que me pasó a mí, que nunca más me dejarían juntarme con él. -Ahora dime, Helen ¿por qué le dices mamá a Mrs. Wilson?

Helen le contó cómo habían descubierto que eran madre e hija, ya que Dios las había juntado, por tanto Tommy era su hermanito. Aún el niño no sabía la verdad, cuando estuviera más repuesto se lo dirían.

Julie estaba feliz por Helen, la abrazó dándole mil besos, luego se subió a las rodillas de Ann.

-Yo sabía que Ud. Mrs. Wilson era una buena persona, Helen salió a Ud. - Quiero ver a Tommy, me muero de ganas de verlo.

-Iré a ver si puedes ir, dijo Helen

Mientras caminaba por el pasillo se acordó de Paul, nadie se había preocupado de él. Corrió a la cocina y

Emma, la segunda cocinera, la tranquilizó diciéndole que Will le llevaba alimentos y le mantuvo la cabañita caliente en estos días de lluvia.

-Él se ha preocupado de todo en estos días, de tormenta tan prolongada e inesperada, agregó Emma.

-¡Qué bien! Contestó Helen.

Entró al dormitorio y pidió permiso al Lord para traer a Julie.

-Hablaré con ella antes, respondió éste.

Le contó a Julie cómo Tommy le había salvado la vida, aquella noche, exponiendo la suya, la niña escuchaba los acontecimientos como si los estuviera viendo y dijo:

-Tommy es el niño más bueno y leal, con el que Ud. podrá contar siempre Lord John.

-Lo sé Julie. Ve a verle, él te necesita ahora.

-Si, Lord John.

-Julie, espera.

-Si, Lord John.

-Dime, tío John.

-Ella sonrió y dijo, -si, tío John.

Salió corriendo feliz, entró a la habitación de Tommy, quedando impresionada de verlo tan enflaquecido y pálido, lo besó en la mejilla. Él le sonrió.

-Ya estoy bien Julie.

-Debes cuidarte mucho mi amigo. Te leeré cuentos, te entretendré hasta que te levantes. Se acercó más aún para decirle al oído. Recuerda, que debemos ayudar a Paul.

-Si, pero Helen lo estará cuidando, ya.

-Debemos hacer cambiar de opinión al Lord, para que lo ponga en libertad, y para eso debes mejorarte pronto, dijo Julie.

Labrador estaba acostado a los pies de la cama totalmente relajado, pues el habiloso animal, había participado de toda la vigilia, por la enfermedad de su amo.

Cuando Julie y Tommy se quedaron solos en el dormitorio, éste se durmió y la pequeña recordó con pena a Paul ¿Cómo lo haría para convencer a Lord John para que lo dejara en libertad? ¿Y si lo conseguía, se iría y no volvería más? ¡No! Ella sentía algo especial por él. ¿Por qué cada vez que lo veía se miraban con tanto amor? Presentía que Paul sentía lo mismo por ella.

Ahora debía preocuparse de él lo más pronto posible, no esperaba que Tommy se mejorara.

Entró Mrs. Woodward a cuidar al muchachito. Se abrazaron, Julie le pidió permiso para ir a ver a Lord John.

La niña se dirigió a la oficina del Lord, pero no lo encontró, le dijeron que se encontraba en el parque. Estaba paseando en la avenida entre los árboles.

-Tío John, dijo ella.

Él se volvió y sonrió.

De pronto el corazón de Julie latió fuerte ¿Si se enojaba cuando le mencionara a Paul, y volviera a ser el mismo ogro gruñón que fue antes?

Pero Julie, aún asustada como estaba, no podía dejar de pedir por Paul, algo en su mente y alma, le decía que debía defenderlo, apoyarlo, amarlo. Se acercó al Barón y empezó a hablar...

Capítulo XXIV

-Tío John, dijo Julie, nunca lo había visto pasear por el parque.

-Acostumbraba hacerlo antes, me gustaba levantarme muy temprano, caminar por esta arboleda y luego seguir por el puente y la laguna.

-¿La que está arriba del cerro?, preguntó Julie.

- Sí, a veces iba a la rodeada por sauces, donde están los cisnes.

-Tío John, vamos allá, que quiero pedirle algo.

-¡Ah! dijo el Lord sonriendo, bueno ¿y qué me vas a pedir?, ¿eh?

Julie rió y salió corriendo hacia la laguna de las hermosas aves de cuello negro. Lord John también reía, apurando el paso. Al pasar por el muro, Julie se fijó que aún permanecía cerrado y sintió miedo por Paul, esperaba ahora solucionar su destino.

Al llegar a la laguna, que estaba más bella que nunca, se filtraba el sol por entre los sauces que la rodeaban, se escuchaba trinar a toda clase de pajarillos y para sorpresa de la niña, al otro lado, en la otra ribera, dos cervatillos bebían en sus aguas, los que al verlos llegar, huyeron, desapareciendo por entre las espesas matas.

-¡Oh, qué lindos animalitos!, después de la lluvia, este lugar parece encantado.

-Sí, dijo John, lamento no haber disfrutado más de él.

-Ahora disfrutaremos tío, ahora estaremos juntos mucho más.

-Sí, mi niña, ¿de qué me querías hablar?

-Tío John, el otro día Ud. me dijo, “pídeme lo que quieras”, ¿recuerda?, pero no pudo concedérmelo, cuando le rogué que dejara venir a mi habitación a Tommy, porque él estaba grave y Ud. no quería decírmelo, por no hacerme sufrir. Ahora quiero pedirle algo, que Ud. sí puede hacer. Quiero pedirle que libere a Paul.

John enrojeció, Julie no supo si de ira, vergüenza o emoción, era tan pequeña para conocer los sentimientos de los adultos.

-¿Cómo sabes tú de Paul?!

-Aquí, todos lo saben, tío John.

-Pero ¿Qué sabes tú?

-Yo solo sé que lo tiene castigado tras el muro. Donde él construyó un jardín que es un paraíso. Pero es un prisionero, y hace más o menos seis años que está privado de libertad.

-¿Pero tú no sabes, por qué está castigado? ¿verdad?

Julie dudó, pero sabía que era mejor decir la verdad, porque siempre la mentira, un día u otro queda al descubierto. Eso lo había aprendido de Helen.

-Sí, lo sé, dijo.

-Y ¿Qué sabes tú?, dijo John, inquieto.

-Que su esposa Trinidad se enamoró de él, que había llegado aquí de EEUU a proyectar este parque y los jardines. Que Ud. los sorprendió y lo castigó, encerrándolo.

-Y ¿Qué sabes de Trinidad?

-Que murió y está enterrada en este parque.

-¿Nada más?

-Nada más.

-¿No sabes por qué murió?

-A los niños no se nos dicen algunas cosas, pero escuchamos sin querer y a veces sin entender. Que nació un bebé, y cuando este bebé nació, ella se murió. No entiendo por qué.

-¿Y tú conoces a Paul?

-Sí, tío.

-¿Cómo?

-Entramos una tarde y conversamos con él.

-¿Con quién entraste?, ¿Quién los dejó entrar?

-Con Tommy. ¿Quién nos dejó entrar?, no se lo diría aunque me pegara, porque no lo traicionaría nunca.

John guardó silencio, luego dijo.

-Mira Julie, he estado pensando en todo lo que ha sucedido en estos días de tormenta. En que he sufrido mucho, primero por ti, por el rapto y por haberte tratado tan mal. Luego por el niño, que quiso dar su vida por mí, y en mi propia vida. Le he pedido perdón a Dios, prometiéndole que si Tommy salía bien de estas terribles circunstancias, liberaría a Paul y trataría de perdonarlo. Así que lo cumpliré.

Estaban sentados en un banco, sin pensarlo dos veces, Julie gritó de alegría, echándole los brazos al cuello, lo besó en el rostro.

-¿Gracias tío John! ¡Gracias!, ¡Te quiero mucho!

John se estremeció, nunca nadie lo había acariciado, nunca nadie le había dicho te quiero, tan sinceramente. Abrazó a la niña sintiendo en su pecho esa sensación tan hermosa que se siente, cuando amamos desde el fondo de nuestro corazón, ese cariño tan lindo que se llama amor filial, que él experimentaba por primera

vez, al sentirse correspondido. Así estuvieron los dos largamente abrazados. John nunca imaginó que llegaría a querer tanto a la pequeña.

Estuvieron en silencio muy unidos, no eran necesarias las palabras, la chica pasó del miedo al amor con esa facilidad que tienen los niños, en su inocencia, para no guardar rencor. Al fin dijo:

-¿Cuándo, tío John?

-Esperemos que Tommy se restablezca y lo haremos con él, respondió John.

Se paró y la tomó de la mano, llevándola a la tumba de Trini. Allí permanecieron muy juntos, dejándole dos rosas, una por cada uno. John pensaba que aún debía decirle a la pequeña la verdad de todo, pero temía que al hacerlo, ésta lo odiaría. No sabía cuán grande era la capacidad de amar de Julie. La tomó en sus brazos y juntos volvieron a casa. El Barón no quería perder a la muchachita cuando le contara lo sucedido. Esperaría otro día, para poder gozar en su totalidad, del nuevo sentimiento que invadía su ser. ¡No quería perderlo!, ¡No quería perderlo, cuando lo experimentaba por primera vez! Dios no lo querría así, ya había sufrido bastante, ¡nadie le arrebataría a su pequeña!, ¡nadie!

Con ella en brazos entró al castillo, como si llevara un tesoro que recién hubiera descubierto, tesoro que siempre le pertenecería.

¿Y si al liberar a Paul, éste reclamaba a la muchachita? ¡No!, no podía saber la verdad, ¡pero Wilfred! ¿Le habría dicho algo? Era su hombre de confianza.

No, si Paul lo supiera, las veces que él lo había visitado algo habría preguntado.

Entonces John empezó a sufrir por la posibilidad de que Paul estuviera enterado de todo ese secreto, que él había mantenido tan oculto.

¡Ni Dios lo quiera!, dijo John, ¡Ni Dios lo quiera!
Apretando a la niña contra su corazón.

Capítulo XXV

La tranquilidad volvió al castillo, Tommy se fue restableciendo poco a poco. Julie deseaba con toda su alma que llegara el día en que pudieran ir a rescatar a Paul. Pero a un mismo tiempo temía, que éste se fuera y ella no lo viera nunca más.

-Tommy, dijo, conversando con él, cuando ya se levantaba a pasear al parque.

-¿Qué haremos para que Paul no se vaya, cuando tío John le dé la libertad?

- Estoy pensando Julie, en lo que sufrirá Paul, cuando sepa que Trinidad murió.

- Sí, es verdad, no había pensado en eso.

- Culpará a Milord.

- ¡Oh, qué complicada es la gente grande, no sabe perdonar!, dijo Julie.

- Es verdad, acotó él.

- ¿Qué haremos Tommy, para que Paul no se vaya?

- Deberíamos intentar conversar con él a escondidas.

- Si, ¿Y qué le decimos? ¿Que su amada ha muerto?

-Preguntará por qué.

-Le diremos que tuvo una bebé y las dos murieron al nacer, dijo Julie, pero igual le echará la culpa al tío John.

-Así es, pero debemos decirle la verdad y pedirle que se quede con nosotros.

Pasaron los días y el muchachito se repuso, gracias a los cuidados de su madre y Helen.

Un día que ambas lo estaban acostando en el atardecer, Helen sin darse cuenta le dijo a Ann:

-Mamá ¿Le cambiarás el pijama hoy también?, éste, está limpio, ya no transpira en las noches.

Ambas se miraron quedándose en silencio, entonces el niño empezó a hacer mil preguntas, debiendo contarle toda la verdad y la gran felicidad que sentían por haberse encontrado. Helen agregó que además de mamá, tenía un hermanito lo que le daba una alegría inmensa.

A un comienzo Tommy se turbó, era pequeño para comprender las cosas de la vida, aun con lo mucho que había madurado últimamente, pero al fin comprendió que su mamá tenía una hija, de la cual nunca le había contado. Estuvo a punto de preguntarle quién era su padre, pero la vio tan avergonzada, que se abrazó a ambas mujeres sintiéndose muy contento que Helen fuera su hermana.

-¿Lo saben los demás?, les preguntó.

-Hace muy poco que lo sabemos nosotras, dijo Ann, nos da miedo que si el Lord se entera nos eche a los tres.

-No lo creo, dijo Tommy, pero Julie ¿Lo sabe?

-Sí, ella sí, hace poco lo supo, está muy feliz.

Pasó aquella semana, y Tommy estaba completamente restablecido.

Lord John lo hizo llamar a su oficina, para conversar con él.

-Siéntate Tommy, le dijo. Mi querido niño, estoy muy agradecido de ti por haberme salvado la vida,

exponiendo la tuya. Quería decirte que me he dado cuenta que eres un niño bueno, e inteligente, algo que en mi ceguera no podía ver. Por tal motivo pienso darte una buena educación. Desde hoy en adelante, estudiarás unos dos años con Miss Mary, la institutriz de Julie, que será también la tuya, luego irás a un buen Internado a proseguir tus estudios. Vendrás a pasar las vacaciones con nosotros y cuando ya seas un joven hablaremos seriamente a lo que te dedicarás.

Tommy se emocionó, agradeciéndole el gran favor que le hacía.

-No es nada, en relación a lo que tú has hecho por mí. Ve y cuéntale a tu madre, dijo John, todo quedará estipulado en un escrito que me tendrá mi abogado y tu madre deberá firmar, por si yo me muero antes.

-Gracias Milord, gracias ¡Qué feliz estará mi mamá! Y se dirigió a la puerta.

-Espera Tommy, de ahora en adelante me dirás tío John.

-Oh, gracias Milord.

Tommy corrió a contárselo a su madre, ambos se abrazaron conmovidos.

Aquella tarde a la hora de almuerzo, Julie le pidió al Barón que al levantarse de la mesa la acompañara a dar un paseo por el parque. Así lo hicieron.

-Dime mi niña, dijo él, ¿Para qué me trajiste acá?

-¿Cuándo vas a cumplir tu promesa tío John? Tommy ya está bien.

-Hoy mismo iremos mi linda, anda a buscar al niño.

Ella se abrazó a sus rodillas diciéndole cuánto le quería. John se emocionó.

-Trate que no se vaya, tío, por favor.

-Así lo haré. Le ofreceré que cuide este parque, que siga haciendo innovaciones, contestó el Lord.

-Espéreme aquí tío, junto al muro. Iré a buscar a Tommy.

Al poco rato aparecieron los dos, con “Labrador y “Bruno”. Ambos perros se habían hecho muy amigos desde que el amo de este último muriera, pasando William a ser su dueño.

John estaba nervioso, pero sonrió al ver a los niños con los perros.

-Ah veo que vamos muy acompañados, dijo. Se acercó al muro y abrió la puerta de fierro.

Se divisó a la distancia a Will, no llevaba escopeta como siempre lo hacía Willfred. Paul almorzaba en aquel momento. Ahora le llevaban todas sus comidas, no estaba nunca encadenado. No había huido por no comprometer a Will, ya que perfectamente podía haberlo hecho por la entrada secreta de la parte posterior.

Cuando llegaron a la casita, Paul dejó de almorzar, poniéndose de pie, sonrió con los niños, los cuales lo besaron y saludó a John.

-¿Qué deseas John?, preguntó Paul.

-Vengo a comunicarte que te dejaré libre Paul.

Paul lo miró asombrado, luego le dijo:

-Debo tener una larga conversación contigo, antes de irme John.

-¡OH! Dijo Julie, no se vaya Paul, se lo suplico, no se vaya.

-No, agregó Tommy, hay muchas cosas que hacer en el parque y el jardín de este castillo ¿Verdad tío John?

-Si, pero Paul tiene razón, ambos debemos conversar; niños recorran el jardín, admírenlo, mientras hablo con él.

John estaba emocionado, los niños y los perros salieron a jugar, pero estaban inquietos, sin saber los resultados de aquella postergada explicación por tantos años, que al fin se llevaría a efecto.

¿Qué resultaría de todo eso? Julie sufría pensando que perdería a Paul; Tommy pensaba que John sabría retenerlo.

Los pequeños se sentaron en un banco con los perros a sus pies, muy tensos, para esperar el enfrentamiento verbal de aquellos hombres, que habían amado a una misma mujer.

¿Le contaría John toda la verdad? Y si se la contaba, ¿Paul lo perdonaría?

Eran casi seis años de encierro que Paul debía perdonar y el sufrimiento de no saber nunca más de su amada, a su vez John debía perdonar la traición.

¿Estarían dispuestos ambos hombres?

Los niños esperaban ansiosos, corría la tarde, de la casita aún no salía humo blanco.

¿Qué pasaría? ¿No podrían ponerse de acuerdo?

¿No se reconciliarían?

Julie estaba a punto de llorar.

Capítulo XXVI

John y Paul se sentaron frente a frente, en la salita de la cabaña, se miraron, permaneciendo largo rato en silencio. Al fin, John dijo “Te escucho, luego hablaré yo”.

-Tú sabes todo lo que pasó, le recordó Paul. Primero sentía pena, por no poder ayudarla, al verla golpeada y triste. Ella buscó en mí, el amor que nunca recibió de ti.

-No puedes decir eso, dijo John, yo la adoraba, pero siempre me rechazó, desde la noche de bodas, en que le supliqué de mil maneras que intentara amarme. Pero durante tres noches consecutivas se negó a ser mi esposa, a pesar que le rogué por las buenas. Es por eso que la forcé, porque no quería quedar como un imbécil.

-No sabía que habías esperado tres noches, creí que la habías obligado la primera, dijo Paul.

-Escucha Paul, estamos hablando con la verdad. Ahora estoy arrepentido, nunca debí violarla, estaba convencido que era mi derecho, pero no debí hacerlo, porque lo único que conseguí, fue que jamás me amara, todo lo contrario, me odiaba.

-John, es verdad que te traicionamos, por la situación, mejor dicho el estado en que ella llegaba a mí, pero no creas los cuentos de Willfred, Q.E.P.D. “tu hombre de confianza”. Has de saber que solo estuvimos juntos, muy pocas veces, al final de este drama, pues solo nos

acariciábamos y besábamos, ella le tenía horror al sexo, yo la respeté hasta que ella lo quiso y como te digo, no serían más de tres ocasiones. Te pido perdón por ello, tú tenías todos los derechos, pero a golpearla y forzarla no, aunque las leyes lo permitan, yo no estoy de acuerdo con eso. Sé que pudiste mandarnos a la cárcel por adulterio, o matarnos y no te habrían culpado. -Pero dime por favor, ¿cómo está ella?

John guardó silencio, luego con tristeza contestó.

-Después de lo sucedido, volvió al castillo conmigo, me contó que tenía dos meses de embarazo, pues tenía dos faltas, pero ambos sabíamos que no era mío porque yo, ya no podía estar con mujer alguna.

-A mí también me lo dijo, recordó Paul, ¡cuéntame por favor John!

-Bueno, le prohibí volver a verte, ella sufrió mucho por eso, Catalina vino a acompañarla, durante todo el tiempo de espera. Al fin tuvo una niña, ambas murieron, la beba al nacer y ella poco después, de fiebre puerperal.

-¡Oh!, dijo Paul rompiendo a llorar, o sea ni siquiera la pequeña vivió.

No dijo John, lo siento Paul, perdóname por haberte mantenido con la esperanza todo este tiempo.

¿Lo castigaría Dios por esta mentira? Adoraba a la niña, no quería perderla. Legalmente, era hija de su único pariente que había muerto en un naufragio junto con su esposa, por lo tanto su única heredera, ya vería cómo arreglaría las cosas con Tommy, su único hijo no reconocido.

-Bueno John, entonces no me queda más que hacer aquí, juntaré lo que tengo y volveré a mi patria. Puede que mi padre me haya podido dejar algo de su herencia.

Era un hombre muy rico, si ha logrado esconder lo que tenía, a lo mejor lo recuperó.

-Ven conmigo a mi oficina, allí está toda la correspondencia que recibiste estos años, los remitentes no eran de tu padre, por eso no te los entregué. Eran del Estado y de un tal Jim Spencer.

¡Ah!, dijo Paul, mi fiel Jim, era mi negro de confianza, tú sabes que los esclavos tenían nuestro apellido. Yo le enseñé a leer y escribir, lo que estaba prohibido. Algo me contará de mi familia y de él. Yo me vine, porque después que murió mi madre no quise vivir más allá, no era partidario de la esclavitud, no pude sacar a Jim, seguramente lo hubieran matado. Le dije que huyera al norte, le di dinero y me vine a Inglaterra, con todo lo que me dio mi padre. Nunca nos entendimos, porque sus ideas eran absolutamente contrarias a las mías. Supe que murió en la guerra, cuando estaba aquí, tenía programado ir, pero conocí a Trinidad y me quedé. Tengo una hermana, que no quiso venir conmigo, pues estaba de novia. Luego sucedió toda esta tragedia y ahora no sé nada de ellos.

-Paul, los niños están afuera, esperando saber qué resulta de esta conversación. Me pidieron que te suplicara que no te fueras, hay miles de proyectos que podrías hacer en el parque y a muchos amigos de la alta sociedad.

-John, tú comprenderás que debo volver a mi patria, siento dejar este lugar, por los niños y por el jardín que he creado.

Las lágrimas volvieron a caer de los ojos de Paul, y agregó:

-Esperaba que Trini estuviera viva y también mi hijo. Ahora no hay nada que me retenga aquí.

-Los niños sufrirán mucho Paul, sobre todo Julie.

-Sí, hay algo especial entre esa niña y yo.

John, se estremeció, levantándose del sillón, invitó a Paul a su oficina a revisar su correspondencia.

Salieron de la casita, al verlos Julie y Tommy se pararon instantáneamente al par con sus corazones.

¿Habrían llegado a un acuerdo? ¿Se quedaría Paul?

Julie decidió que cualquiera que fuera la resolución de Paul, ella no lo dejaría ir. Lloraría y lloraría, hasta que le prometiera quedarse.

Corrieron hacia ellos, pero por su rostro, adivinaron malas noticias.

¡No importa!, se dijo Julie, él se quedará, sé que tendrá que quedarse por el inmenso cariño que siento por él.

¿Estaría en la razón Julie? ¿Lograría retener a Paul? En ese mismo momento después de saber el resultado de la conversación de los dos hombres, que suponía no era bueno, por la expresión de sus rostros, iría a la tumba de Trini con Tommy, a pedirle que lo dejara siempre a su lado.

¿Lo conseguiría Julie?, como todos los niños, creía con mucha fe en los milagros, pero a veces los adultos toman las determinaciones menos esperadas por ellos...

Capítulo XXVII

Paul y John se dirigieron a la oficina del Barón, atravesando el hermoso jardín. Llegaron al escritorio donde Lord Hamilton abrió un cajón con llave y tomó varias cartas, dirigidas a Paul.

Él las fue abriendo de una en una. Las que venían del Estado, le comunicaban la confiscación de sus tierras. En otra que su padre había muerto en batalla, pero eso él ya lo sabía, pues sucedió antes de su encierro. Había también una carta de su hermana Daisy, en la cual le decía que le escribía desde Canadá, porque había huido con sus cuatro niños y su esposo para poder salvar la vida de su “nana”, que también fue la de él y la familia de la pobre negra, que estaba aterrorizada porque no quería irse al norte.

Había tres cartas de Jim, su negro, su compañero de toda una vida. En todas ellas “le pedía que volviera pronto, que lo necesitaba urgente. Le comunicaba que estaba en el norte, como soldado, que tenía muchas cosas que contarle, una de ellas que le habían dado la libertad, a pesar de eso el racismo era terrible, que después de la muerte de Lincoln y la aparición del KUKLUXCLAN, ya los negros no estaban seguros en ninguna parte. Pero hay muchas cosas que a Ud. le interesan amo Paul, venga por favor”.

Y firmaba: su fiel Jim.

Todas las cartas de Jim eran del mismo tenor, le pedían su vuelta a Nueva York.

Había otra carta de su hermana en la cual le pedía noticias de él, y le contaba de la aventura terrorífica que habían vivido para huir a Canadá, que fuera a verlos en cuanto pudiera.

John había salido para dejarlo solo.

Cuando terminó de leer la correspondencia, se dirigió al Barón diciéndole:

-Hoy pondré orden a lo poco que tengo y me marcharé mañana John, debo reunirme con mi familia.

-Te ruego que hables con los niños.

-Si, será triste pero hablaré con ellos, no me queda más que rogarte que mantengas el jardín, porque es una de las más grandes obras de mi vida, como así mismo el parque.

-Así se hará, prometió John.

Paul se dirigió a la tumba de Trini donde estaban rezando los niños, le dejó una rosa y besó la lápida.

-Paul, dijo Julie, te quedarás con nosotros ¿Verdad?

-Escucha pequeña, aquí ya nada tengo que hacer, debo volver a mi país a ver a mi familia, tú sabes que hubo una horrible guerra que aún repercute en las personas. Yo no quise quedarme, era muy joven, no podía luchar entre hermanos. Ayudé a muchos esclavos a huir al norte, después debí huir yo, porque me buscaban para matarme. Me vine a Inglaterra y encontré trabajo donde John Hamilton, después de terminar mis estudios aquí. Me realicé con este trabajo, pero mi vida sentimental fue un fracaso. Trinidad ha muerto y también mi bebé, ya no hay nada que me ate aquí.

-Pero Paul, dijo Julie, nosotros te queremos, Tommy y yo, Helen y Mrs Wilson, William.

-Pero el castillo es del Barón Julie, me traería terribles recuerdos el seguir viviendo con John.

-Mira, agregó Tommy, hay tanto que hacer en este parque, en el jardín, nosotros seremos tu compañía.

-Queridos niños, no me lo hagan más difícil, durante estos años de encierro, he tenido la esperanza que al salir me encontraría con Trini y mi niña. Ya nada más puedo hacer en este lugar, ellos no están y si hubieran estado, me habría ido con ellos.

Julie y Tommy lloraban sin parar, Helen llegó corriendo y tomó la niña en sus brazos.

-Vamos, mi amor, si Paul vendrá a verte algún día, verás, ¿no es cierto Paul?

-Lo intentaré, dijo Paul.

-¡No lo harás!, ¡No lo harás!, y yo que te quiero tanto.

-Yo también te quiero pequeña, pero entiéndeme, John no me ha echado, pero no creo que tenga ningún deseo que yo permanezca aquí. Además les recomiendo mi jardín, deben velar por él, queridos niños. Para mí será muy doloroso seguir viviendo en el lugar, en que Trini y yo sufrimos tanto.

Esa noche Paul se despidió de todos en el castillo. Patrick lo llevaría temprano esa mañana en el coche, para acercarlo al puerto.

Julie tenía los ojos rojos de tanto llorar.

A la hora de la cena, Paul le trajo un ramo de rosas rojas, para que nunca lo olvidara. Ella corrió a esconderse en su dormitorio, no quiso cenar.

Esa mañana muy temprano, Paul partió para su patria sin saber lo que le esperaba. Allá las cosas estaban más calmadas según sabía, pero había escrito una carta a Jim para que lo fuera a buscar al puerto.

La guerra ¿lo habría dejado en la calle? Su corazón latía de pena cuando recordaba a Julie, algo tenía esa

pequeña que no se la podía sacar de la mente y el alma. ¿La volvería a ver otra vez? Pensaba que nunca volvería a ese castillo, donde había vivido los mejores y los peores momentos de su vida, que aún no era tan larga. Con el pecho apretado de angustia se preguntaba, si volvería a vivir un amor tan hermoso como el que había experimentado por Trinidad. Pero si así fuera, no lo deseaba en esos instantes, ahora solo quería olvidar, pero esa niña hermosa y delicada no permitía que apartara de su mente a la mujer que más había querido hasta ese momento. ¿Qué tendría esa criatura, que como una florecilla silvestre se había alojado en su corazón?

Capítulo XXVIII

Mientras tanto en el castillo todos quedaron muy tristes, sobre todo al contemplar la enorme pena de Julie. Tommy trataba de distraerla, pero no podía, ella no hacía más que hablar de Paul, prometiendo no volver a entrar a su jardín, hasta que él no regresara.

Lord John sufría en silencio por su mentira, pero reunió a todo el personal para hacer algunos cambios.

Nombró a Mrs. Wilson, a pesar que no se abocó a hablar con ella de lo sucedido entre ambos, en privado, en el puesto de Abigaíl, es decir "Ama de llaves". Mrs Woodward se encargaría de enseñarle su nuevo cargo. Quedaría como todo el personal bajo el mando de Patrick. Ema Coates pasaría de segunda cocinera al puesto de Ann, y recomendaría una en su lugar. Tommy se quedaría definitivamente en la habitación que ocupó en el castillo cuando estuvo enfermo. Ya no trabajaría y se educaría con Miss Mary junto con Julie, los dos años siguientes.

Helen seguiría a cargo de la pequeña y ahora de Tommy, para que su madre pudiera trabajar tranquila.

La muchacha se veía muy hermosa con su nueva tenida y como también acudía a las clases de Miss Mary con los niños, había aprendido a expresarse y actuar correctamente. Estaba delgada, su figura se había

estilizado, se veía distinguida, en su rostro se notaba la felicidad. La presencia de su madre y su hermano, le habían devuelto la vida, seguía queriendo a Julie, como si fuera su hija. En realidad era una persona, a la que Dios había dotado con todos los valores de la bondad. No había quién no la quisiera, aquél que no experimentaba cariño por ella, era por envidia, como ya se había probado con Marion y Abigaíl.

A los cuatro meses de la partida de Paul, Lord John recibió una carta de él, en la que le contaba que se había encontrado con Jim, habiendo recuperado gran parte de su dinero. En esos momentos se encontraba en Canadá, Montreal, donde su hermana Daisy. Quería saber de todos, especialmente de Julie, les enviaba muchos cariños y los recordaba un montón.

John les leyó la carta, lo único que consiguió fue que la niña llorara todo ese día.

-¡Ya no vuelve tío John! ¡Ya no vuelve! Sollozó la pequeña.

-Recién está con su hermana, mi niña, verás que volverá, dijo él.

El remordimiento destrozaba su corazón, pero si decía la verdad, la perdería. Mrs. Woodward, solo lo contemplaba sin decir palabra, como una fiel amiga.

La vida se fue haciendo más agradable en el castillo, al fin Julie después de los ruegos de Tommy, volvió a entrar al jardín. Las primeras veces sufrió mucho, pero luego le sirvió para recordar con cariño a Paul. Además John era como un padre, para ambos niños.

Katherine Rose, acostumbraba a pasar largas temporadas en "Rochester", para preparar a Ann, se fue quedando, quedando, hasta que un día John la convidó a vivir a su hogar, para que no estuviera tan

sola. Se transformó en algo así como una tía, a la que todos amaban.

Pasaron dos años y Tommy debía partir a estudiar a un internado "Buckswood School" al norte de Gales, al que iban todos los hijos de los nobles, debido a lo cual debía tener un apellido.

Aquella mañana en que se aproximaba la fecha de inscripción de Tommy, Lord John llamó a su oficina a Ann Wilson.

Ella estaba aterrada, más aún cuando se acordaba de lo que había sufrido ahí. Al golpear la puerta, se le vinieron a la mente aquellos diez años atrás y le flaquearon las piernas.

-Adelante, dijo John. Ann entró, seguía siendo bonita, con sus hermosos ojos cafés y un poco más delgada.

-Me mandó llamar Milord, dijo Ann.

-Mandaremos a estudiar a Tommy a un Internado, Ann, dijo el Barón.

-Gracias Milord, contestó ella.

-Para eso debo reconocerlo como hijo, agregó John.

Ann palideció.

-¿Estás de acuerdo?

-Si, Milord.

-Mañana vendrá mi Abogado y un Notario que me arreglarán todos los papeles para el caso. Tú deberás firmar ¿Sabes hacerlo?

-Sí, Milord.

-¿Y leer?

-También, Milord.

-Entonces a las nueve de la mañana, te espero con Tommy aquí en mi oficina.

-Gracias, Milord.

Ann hizo una genuflexión para retirarse, pero de pronto se volvió.

-Milord, debo explicarle al niño, él no sabe que Ud. es su padre.

-Tú no le has dicho nada ¿No?

-No, Milord.

-Le diremos que estuvimos, solo una vez. Te pido que no le cuentes que te forcé, porque si no, me odiará para siempre. Lo siento Ann, estaba loco en ese tiempo. Pero Dios nos ha dado este maravilloso muchachito.

Las lágrimas cayeron por el rostro de Ann, sollozando dijo:

-Dios lo quiso así Milord, lo que Él decida hay que respetarlo

-Ve a buscarlo, hablaremos con Tommy.

Ella inclinó la cabeza y salió

John pensó que tendría que afrontar nuevamente, una de las peores crueldades de su vida, mintiendo, pues el pequeño no debía saber la forma en que había sido engendrado.

¿Se lo habría contado alguien ya? ¿Dentro de su fuero interno lo intuiría? Y si estaba enterado ¿Le echaría en cara, la forma salvaje en que había tratado a su madre?

Esperó angustiado, diciéndose que si el muchachito tenía una actitud hostil, como él se lo merecía, estaría bien, pues él debía pagar por ello. Ya sentía en el pasillo, los pasos de Tommy con su madre, mientras sufría intensamente las consecuencias de su antigua maldad.

Capítulo XXIX

Cuando Ann y Tommy entraron a la oficina del Barón, éste los hizo tomar asiento. Tommy se impresionó, pues nunca había visto a su madre sentada ante el amo del castillo.

John empezó a hablar:

-Mira Tommy, le dijo, este año deberás ir a un buen Internado para seguirte educando, para eso necesitas un apellido. Tu madre dice que nunca te ha dicho nada al respecto.

-No, tío John, cuando se lo pregunto, ella me dice que aún estoy muy pequeño para saberlo.

-¿Qué edad tienes?, preguntó el Lord.

-Nueve años.

-Aún eres pequeño, pero las circunstancias hacen que debas saberlo ya, porque sin apellido no te recibirán en ese Internado y es tiempo que yo te lo diga.

Se mantuvo en silencio por un instante, buscando las palabras adecuadas, para no espantar al niño con la enorme confesión que debía hacerle, y continuó:

-Escúchame querido Tommy, debo confesarte algo, que ya no se puede seguir ocultando, "tú eres mi hijo".

Tommy enrojeció llevándose las manos a la cara, no estaba preparado para recibir ese secreto. Nunca lo sospechó, seguramente muchos en el castillo lo adivinaban, pero nadie se lo dijo. Había sido muy bien

guardado, seguramente por el temor que les inspiraba a todos el Barón.

Ann se puso a llorar, sin atreverse a mirarlo.

-Mira niño, continuó John, la culpa fue mía, en aquellos tiempos yo era un salvaje, seduje a tu madre y de ese amor que fue muy corto, naciste tú. Te pido perdón por lo mal que me porté contigo. Pero tú y tu madre, siempre tuvieron aquí un lugar donde cobijarse. Ahora te he llamado para decirte que te reconoceré como hijo, ya que mañana vendrán un abogado y un notario para poner todos los papeles en regla, de modo que te llamarás "Thomas John Hamilton de Rochester".

-Antes que pedirme perdón a mí, Ud. debiera pedir perdón a mi madre.

-Ya lo hice, hijo.

-Tío John, si Ud. no hubiera cambiado como lo ha hecho en estos dos años, que ha sido como un padre para mí, no aceptaría su apellido, pero debido a su cariño, a su bondad, al buen trato que nos ha dado, le doy las gracias y acepto llevar su apellido. Lo haré con honor. No lo defraudaré, seré estudioso, trabajaré duro, para que se diga que el hijo del Barón Hamilton, es digno de su padre.

John se levantó del asiento, visiblemente emocionado y tendiendo sus brazos, dijo:

-Ven aquí mi querido hijo, te amo con todo mi corazón. Tú y Julie heredarán este castillo, todas mis propiedades y mi fortuna. Sé que levantarás mi nombre a la cima, harás lo que yo no hice, por mi apellido. Eres digno hijo de tu madre, una mujer sencilla, buena y encantadora.

-Tío John, dijo Tommy...

-No, ahora debes decirme papá.

-Papá, quiero que salga ahora toda la verdad. Mamá cuéntale a mi padre lo de Helen.

Entonces Ann sumamente avergonzada, le contó lo de Helen y de cómo se encontraron en “Rochester”, descubriendo que eran madre e hija, por lo que Tommy era hermano de la joven.

-Por eso Helen es una muchachita tan buena, dijo John. Me alegro que tengas una hermana como ella, hijo querido, no sabes lo feliz que me siento de tener un hijo, un joven, que me acompañará hasta la muerte.

-Así será papá, si tú lo quieres.

-Pues claro que lo quiero, y lo estrechó fuertemente entre sus brazos, feliz y aliviado de aquel secreto mantenido tanto tiempo.

Luego dio un beso en la frente a Ann citándolos a la mañana siguiente para encontrarse con el Notario y el abogado.

Iban saliendo, cuando John preguntó:

-Ann, ¿Tommy está bautizado?

-Sí, Milord.

-Debes traerme el certificado mañana.

-Bien, Milord, contestó Ann.

Salieron. John quedó sumido en sus pensamientos ¿Sufiría el niño en el colegio de elite en que lo pondría? Miss Mary le enseñó buenos modales, sabía comportarse, pero si alguno de los orgullosos muchachos de la Sociedad Londinense lo miraba en menos por haber sido un “huacho”, tendría que pasar malos momentos, entre esa gente encumbrada, pero Katherine le allanaría el camino con los que dirigían el Colegio, y dejaría muy claro, que si al muchachito se le molestaba, John Hamilton, no pagaría el doble, que es lo que pensaba pagar para que a su hijo se le tratara como a un señorito.

-¡Esta vida, Señor Dios! ¡Esta vida!, se dijo John ¡Tan llena de problemas y convenciones!

Y ahora quedó sufriendo por el trato que le darían sus propios compañeros a Tommy. Pero él le enseñaría a defenderse y a levantar el nombre de Hamilton.

Se encontraba imaginando lo que sucedería, cuando de pronto entró Julie, corriendo agitada, seguida de "Labrador".

-¡Tío John, tío John! ¡Por el camino viene un negro a caballo!, ¡viene trotando! ¿Será Jim? ¿Vendrá a anunciar la vuelta de Paul? ¡Ven tío John!, ¡Ven por favor!

El corazón de John se paralizó ¿Y si Paul hubiera sabido la verdad y viniera a reclamar a su hija?...

Capítulo XXX

Cuando Lord John y Julie salieron a mirar hacia el camino, divisaron a un hombre en un hermoso caballo, que trotaba hacia el castillo.

Al llegar junto a ellos fue recibido por Patrick. Dijo venir de parte de Mr. Paul de E.E.U.U., que tenía una carta de él, para el Barón Hamilton de Rochester. No traía equipaje, pues esperaba respuesta. Era negro como el carbón, todos salieron a mirarlo, por la curiosidad de ver un hombre negro. Muy alto, macizo y respetuoso. Sonreía por cualquier cosa. Su dentadura y el blanco de sus ojos le brillaban en el rostro.

Lord John dio orden a Patrick que lo llevase a la cocina, para que le dieran de comer y beber y se fue con Julie y Tommy a leer la misiva. En ella Paul explicaba que enviaba a Jim por un tiempo, si el Barón no tenía inconveniente, para que revisara el jardín y lo mantuviera, porque entendía mucho de Jardinería, así mismo para que hermoseara el parque, llevaba semillas de bellas flores y era muy entendido como él, en todo lo que se tratara de plantas. No sabía si él estaría de acuerdo en tener un hombre negro en su hogar.

Contaba que él se encontraba bien, que aún tenía heridas por lo que le tocó vivir, que cuando se sanaran completamente, lo que no creía sería muy pronto, iría a verlos. Él no se ofendería si no quería tener a Jim, pero lo hacía para conservar ese jardín, que a lo mejor estaba abandonado.

-Déjalo tío John, pidió Julie, déjalo.

-Si tú lo pides mi niña, lo dejaré, contestó John.

Julie corrió a contarle a Jim que el Lord lo había aceptado y a preguntarle por Paul. Los niños se hicieron desde aquel instante, grandes amigos de él.

Jim partió con Patrick a buscar su equipaje, instalándose en la cabaña en que vivió Paul cuando estuvo cautivo. El jardín seguía hermoso, no estaba descuidado, pero necesitaba una mano sabia, que le diera el toque mágico que sabía darle Paul.

Desde entonces los niños pasaron en el jardín con Jim, haciendo jardinería.

Pero llegó el momento en que Tommy debió partir al Internado.

Fue un triste instante, cuando se despidió de su madre y de su hermana. Pero cuando se despidió de Julie, ésta no podía dejar de llorar. Lord John trató de hacerlo lo más corto posible.

Tomó a Tommy de la mano y subió con él al carruaje, donde ya estaba Catalina. Ambos lo llevaron, mientras el muchachito con los ojos rojos por retener el llanto, se despedía con la mano.

-Escribe, dijo Julie, no te olvides de nosotros.

-¿Cuándo volverá, Helen?

-No lo sé, mi amor, tal vez pronto, pero alégrate que recibirá una buena educación, mi niña.

-Sí es por su bien, lo sé y lo entiendo Helen, pero no me conformo que no esté con nosotros.

-En las vacaciones de verano tal vez, dijo Helen.

Pasó el tiempo y Julie seguía con Miss Mary metida en los libros de la Biblioteca, le encantaba leer y jardinear. Jim le enseñaba todo lo que sabía de Jardinería y Miss Mary la educaba como una señorita.

Caminaba por el parque del brazo del Barón, y cada verano llegaba Tommy a pasar las vacaciones.

Era un muchacho fuerte. Logró ocupar un sitio importante en el Colegio. Aprendió a tocar el piano maravillosamente bien debido a su enorme sensibilidad, lo hacía mejor que Julie. A pesar que a un comienzo sufrió mucho pues lo miraron en menos, no dijo nada a su padre, se defendió solito, aguantó castigos, por las palizas que le dio a los que lo ofendían. Ahora lo tenían en gran estima por ser el primero de su curso y un excelente compañero cuando no lo denigraban, pero eso se había acabado, compañeros y profesores habían aprendido a respetarlo.

John estaba orgulloso de su hijo, lo estimulaba cada vez más para que siguiera surgiendo.

Pero también amaba a Julie con todo su corazón y no podía dejar de pensar en Paul, a quien le había arrebatado su hija.

Cuando conversaba con Katherine sobre ello, ella le decía que le dijera la verdad a la niña, porque esta lo perdonaría, pero nunca se atrevió y cada vez lo postergaba más.

Pasaron los años y Jim se quedó con ellos, de cuando en cuando sabían de Paul, Julie tenía ya catorce años.

Un día que paseaba por el parque con el Lord, éste se sintió mal y debió sentarse en un banco, no podía respirar. Jim llegó corriendo y tomó al anciano en sus fuertes brazos, llevándolo hasta el dormitorio.

Llamaron al Dr. el que después de examinarlo dijo que había tenido un ataque al corazón, que debía guardar reposo, no había que hacerlo sufrir, ni pasar malos ratos.

Llegó Tommy a verlo, lo autorizaron del Internado, cuando tenía ya quince años.

-Tommy ¿por qué te llamaron si yo ya me siento bien?, solo me dio un mareo.

-No debe levantarse papá dijo Tommy. Julie cuídalo como si fuese tu padre.

-Sí Tommy, aquí lo regaloneamos todos, dijo la niña, mientras sus lindos ojos, que cada vez estaban más hermosos, se llenaban de lágrimas.

-Tienen que aceptar que yo estoy viejo, que luego me moriré, no deben abandonar a Katherine, ella tiene mucho dinero, pero no le gusta la soledad. Sean buenos hermanos.

Julie se estremeció, lo que menos pensaba, era en Tommy como un hermano. Miró a Tommy y éste no demostró nada, solo miraba con angustia a su padre.

-Querido papá, el médico me ha dicho que si se cuida y nadie lo angustia, puede vivir muchos años más.

-Es que ya estoy muy viejo, hijo, antes que te vayas quiero dejar arreglado totalmente mi testamento.

-Tío John ¿nosotros con Tommy somos parientes?, preguntó Julie.

Su carita estaba tan ansiosa esperando la respuesta, que el Barón se dio cuenta que la niña, ya adolescente, sentía un cariño especial por Tommy.

-Bueno, a ver, tú eres hija de un primo lejano, el único pariente que me quedaba dijo John, con dolor al corazón por continuar mintiéndole. Es cierto, tienen un lejano parentesco.

-Ah, dijo Julie y miró al muchacho, pero éste no dijo, ni demostró, sentimiento alguno.

Él no me quiere, pensó Julie, no me quiere así como yo le quiero.

-¿Cuándo debes partir Tommy?, preguntó el Barón.

-Mañana en la noche, papá.

-Entonces mandaré a Patrick a traer al abogado y al notario para dejar arreglado el Testamento.

-Tío, no debes preocuparte, te mejorarás luego, dijo Julie.

-No, mi niña, presiento que ya debo irme.

-¡Oh, no! tío John¡No! ¿Qué haré sin ti?

-Cuando te llega el momento, dicen que lo presientes, y yo lo siento así, por eso quiero dejar todo arreglado.

-Una vez que mañana se vayan los legalistas, debo hablar con Uds., mis niños. Ahora quiero descansar. Ambos lo besaron en la frente retirándose de la habitación.

Catalina entró a cuidarlo.

Los niños fueron a pasear al parque junto a "Labrador" que estaba envejeciendo, pero cuando veía a su amo se volvía loco de alegría.

Julie lloraba, Tommy la tomó de la mano y la miró, en qué belleza se había convertido. Llevaba su pelo largo y suelto, con rizos rubios naturales y un vestido a la moda de color verde agua, era alta para su edad y muy delgada. Estaba preciosa. En cambio él a pesar de ser el hijo del Barón, era un bastardo, cuantas veces se lo habían gritado en el Colegio. ¿Querría ella a un muchacho hijo de la cocinera? Bueno pensó, si no me quiere por eso, no es digna de besarle los pies a mi querida madre, pero de todos modos la adoro, adoro a Julie, más que a mi vida.

¿Qué será de nosotros si se muere mi padre? Él debería dejar por escrito que para tener la herencia

debemos casarnos, aún no, pues me faltan estudios, pero sí más adelante.

Y cada uno pensando en el otro, en los mismos términos, caminaban sin saber lo que les esperaba al día siguiente.

Capítulo XXXI

Aquella noche Lord John lo pasó bastante mal. Katherine no se movió de su lado, cuidándolo, acompañada por Ann.

Al día siguiente el notario y el abogado se encerraron con él para redactar el Testamento, durante toda la mañana. A veces llamaban a Mrs. Woodward, para que viniera a atender a John, para luego continuar. Habían llegado como las diez de la mañana y se fueron como la una de la tarde.

Después de almorzar, John se durmió, tenía que sumar fuerzas para hablar con los niños, sobre todo con Julie, estaba muy angustiado ¿Y si ella no lo perdonaba? Katherine le dio una agüita de Melisa para el corazón, para que descansara durante la siesta.

En el comedor, Julie, Tommy, Helen, Miss Mary y Ann almorzaban, todos en silencio, esperando que el Barón los llamara. Pronto Helen se levantó de la mesa para reemplazar a Katherine que llegó a acompañarlos.

-¿Cómo está, tía Kathy?, preguntó Julie.

-Se quedó dormido mi niña -dijo Kathy- está sufriendo mucho.

-Oh, ¿Tiene mucho dolor tía?

-No mi niña, su dolor es del alma.

-¡Pobrecito, cuánto lo amo!

-Julie, cuando los llame para conversar con Uds., te suplico que tengas piedad de él.

-Pero claro tía, nunca lo haré sufrir, ha sido como un padre para mí.

Se levantaron de la mesa. Los niños fueron al parque seguidos de "Labrador". Julie lloraba, le costaba aceptar la pronta muerte del Lord. Tommy sufría en silencio. Ambos llegaron frente a la tumba de Trinidad y rezaron de rodillas para pedirle por John. Pusieron flores silvestres y se sentaron alrededor.

De pronto vieron a Helen que venía por el camino, llamándolos.

Dijo que el Barón se había despertado y los necesitaba. Ambos corrieron tomados de la mano.

Entraron a la habitación, Kathy lo reconfortaba acariciándolo.

-Queridos niños, John debe contarles algo, que Uds. no saben, ni han sabido nunca, es un secreto muy oculto que ha llevado en su corazón, lo ha hecho por amor. Les ruego lo perdonen, sobre todo tú, Julie, porque eres la más afectada. Los dejo con él, tengan misericordia y perdónenlo.

Salió del dormitorio después de besar a Julie en la frente.

Los niños quedaron sentados al lado de la cama, esperando así la revelación. Estaban ansiosos, ni siquiera se imaginaban de qué se trataba.

John dijo:

-Cuando me casé con Trini, era un hombre malo, lleno de resentimiento, ya que nadie me había querido, eso me puso amargo, pues ni siquiera mi madre sintió cariño por mí, a pesar que yo pedía amor a gritos. Pero mi infancia fue muy triste, criado por nodrizas y nanas indiferentes, estudiando siempre en internados, desde pequeño no tuve calor de hogar.

Entonces después, siempre que me acercaba a una mujer o ella me requería, yo le hacía daño.

Ya era un hombre maduro y mis padres habían muerto, cuando era el soltero más codiciado de la región. Los padres me ofrecían sus hijas para que me casara con ellas, pero ninguna llamaba mi atención, hasta que el padre de Trinidad, un noble español en la ruina, me ofreció a su hija de dieciséis años, a cambio de una enorme cantidad de dinero y tierras, para así salvar su situación económica. Prácticamente me la vendió.

Yo me enamoré de ella, fue la única mujer que amé, pero Trinidad me detestaba, antes de casarnos, fue honrada conmigo y me dijo que nunca podría amarme, que me odiaba.

Aún así, nos casamos por la codicia de su padre, y mi amor por ella. Se resistió por muchos días a consumir el matrimonio, hasta que me cansé y la obligué, fui brutal y desde entonces la golpeé para hacerla obedecer. Ambos sufrimos mucho, porque yo la rogaba, pero luego perdía la paciencia y golpeándola lograba mis objetivos.

Así fue como, en sus continuos paseos por el parque, se enamoró de Paul. Éste, al verla triste y golpeada, sintió piedad, y de tanto consolarla, también se enamoró de ella.

Wilfred me contó de este amorío, entonces los sorprendí y golpeé a ambos. Ella llorando me pidió que no lo matara, cuando me vio con un revólver en las manos. Accedí pero lo dejamos aturdido por los golpes, ella recibió otros tantos de mí.

Ahí encerré a Paul, el que creó su jardín, que ahora es un verdadero paraíso.

Ella me confesó que estaba esperando un hijo de él, no podía ser mío, porque hacía un año que no estábamos

juntos. Dijo tener dos meses de embarazo. Creí volverme loco de rabia y dolor. La traté muy mal. Katherine la cuidó, pero ella sufrió lo indecible, por no saber nunca más de Paul durante todo el embarazo.

Tuvo la niña y luego murió de fiebre puerperal, no hubo forma de salvarla.

La niña fue venida a buscar por mi único pariente y se llamó Julie Hamilton. Se la entregué a él, porque no quería saber nada del pasado.

Julie sollozaba, hubiera querido huir de ahí para refugiarse en los brazos de Helen, pero su tierno carácter se lo impidió. Recordó que siempre vio a Paul como alguien especial, que lo quiso desde el primer instante en que lo conoció; que cuando oyó hablar de Trinidad quedó intrigada y lo comentó con Helen.

Entonces, preguntó al Barón

-¿Por qué si no me quería no me entregó a Paul?

-Porque lo odiaba y no quería darle ninguna felicidad.

-¿Julie, tú recuerdas como era yo?

-Si, dijo la niña.

-Estaba lleno de ira, de amargura, de rabia, además tú eras la imagen viviente de mi desgracia. Pero cuando me comunicaron que habías quedado sola, me dije que debía traerte porque en esos momentos venías a ser mi único pariente. Pero no te quería, en cambio ahora te adoro con toda mi alma, ahora que tal vez me odias.

- Tío John, yo no tengo corazón para odiar a nadie, ahora sufro por Ud. y por mi padre. Por Ud. porque el odio lo transformó, siendo un hombre bueno, se portó como un malvado. Por mi padre porque ha sufrido tanto y no ha podido disfrutar de su hija, ni su hija de él.

-Comprende mi niña por favor, que si le hubiera

dicho la verdad a Paul, te habría llevado de mi lado y nunca más te hubiera visto.

-Trato de comprenderlo, tío John, no sufra más, no le conviene, pero le suplico que llame a mi papá, se lo suplico.

-Pero te llevará mi niña.

-No, él es bueno y hará lo que yo le pida.

-¿Tan segura estás? Los grandes no perdonan tan fácilmente amor.

-Él perdonará, porque me ama, yo sé que me ama.

-Pero, no te irás.

-No tío, te entiendo y te quiero, dijo Julie sollozando, se acercó a él y ambos se abrazaron.

Tommy tenía los ojos enrojecidos, solo observaba, no dijo absolutamente nada.

-Ahora mismo le escribiré, dijo John, mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

-Tú ¿Me perdonas Tommy?

-Tranquilícese papá, le hace mal sufrir, lo pasado ya está hecho y Ud. lo ha ido reparando de a poco. Es Julie quien tiene que determinar, es Julie quien tiene que perdonar ahora.

-Solo Dios perdona, yo no tengo ese poder, pero lo único que sé decir es que lo entiendo y que lo quiero tío John, y que llame pronto a mi padre. Le prometo que no me iré. Siempre lo acompañaré, pero llame a Paul.

-Gracias mi niña, díganle a Katherine que traiga papel y lápiz.

Julie solo tenía catorce años, John tenía miedo, un miedo terrible que Paul se la llevara, pues él podía determinar sobre la niña, aunque ella no quisiera irse.

¿Qué determinación tomaría Paul? Si se llevaba a la niña, ese hogar se hundiría . Julie era el alma del lugar, todos sufrían esperando su llegada, solo Julie se sentía segura, los demás sufrían en silencio. Tommy se fue, para volver de vacaciones la próxima vez, lo que sería pronto, mientras, llevaba el corazón apretado.

Si Paul se llevaba a Julie, no podría resistirlo.

Partió consolando a su padre, pero no estaba seguro de nada, absolutamente de nada.

Capítulo XXXII

Cuando Tommy se fue, Julie se refugió en Helen. Estaba feliz que Paul fuera su padre, pero tenía mucha pena porque el tío John se había portado tan mal.

¿Cómo reaccionaría el querido Paul? Sabía que no haría nada que le hiciese daño a nadie, pero las personas grandes a veces son incomprensibles, muy duras para perdonar.

El Barón envió a Jim con una larga carta a Nueva York.

Mientras esperaban la respuesta o la llegada de Paul, Julie permanecía al lado del Barón cuidándolo tardes enteras. Luego paseaba por el parque con Helen y hablaban sobre el futuro.

-Helen, dijo Julie, tengo miedo que tío John muera, antes que llegue mi papá.

-Dios no lo quiera, contestó Helen; él debe querer el perdón de Paul.

-Sí, eso pienso, pero los días transcurren tan lentos, que me ataca ese temor. Ya mañana llega Tommy de vacaciones, por suerte.

-Mi niña -dijo Helen- ¿tan joven, y ya estás pensando en el amor?

Julie se sonrojó diciendo:

-Tú me conoces como si fueras mi mamá, a ti nada puedo ocultarte, lo amo con todo mi corazón, pero él no me corresponde, aún es un niño.

-Amor mío, no es así, estoy segura que eres correspondida.

-Helen, ¿sabes? yo te considero mi madre, porque eso has sido para mí.

Estaban sentadas en un banco junto a la laguna de cisnes y se abrazaron emocionadas.

-No podemos negar que hemos sufrido, mi niña, pero también hemos tenido mucha suerte, dijo Helen.

-¿Será suerte? ¿No será que Dios nos premia por haber sido buenas?; piensa Helen que hemos cambiado al tío John, era un hombre terrible cuando llegamos aquí. Con nuestro amor le hemos hecho ver las cosas como eran. Se fue Marion, esa horrible mujer y también Abigaíl; llegó Miss Mary, estricta, pero encantadora y hemos conquistado el corazón de Milord. Te insisto, yo creo que Dios nos ha premiado. Has encontrado a tu mamá. Sí, es lo que pienso, Él nos ha premiado. Lo único que espero ahora, es que papá llegue antes que tío John muera.

A la mañana siguiente volvió Tommy a pasar sus vacaciones, reanudando con Julie los paseos por el parque y el jardín. Éste resplandecía: los pajaritos, las mariposas, los abejorros, estaban en su reino. Con cada flor recordaba Julie a su papá. A veces lloraba al recordarlo, siempre custodiado o amarrado a la cama de noche, con hombres haciendo guardia. Pero él se había sobrepuesto creando ese paraíso, que Tommy y ella en este tiempo, se preocupaban de mantener junto con William.

Aquel verano los jóvenes no disfrutaron mucho del parque, ni del jardín, por acompañar a John.

Le leían, le conversaban, lo entretenían en su lecho de enfermo.

Al terminar casi las vacaciones de Tommy, se encontraban ambos sentados en el pasto al atardecer, cuando Helen llegó corriendo muy agitada.

-Niños, dijo, Jim está aquí.

-¿Y Paul?, preguntó Julie.

-No, viene solo.

La desilusión cubrió el rostro de Julie.

-Ven mi niña. Jim trae noticias.

Éste se encontraba en la habitación del Lord y saludó a ambos niños al verlos.

-Cuenta Jim, por favor, dijo Julie.

-Mi amo, el Señor Paul, debe ordenar muchas cosas en su país antes de partir. Envía una carta para la niña Julie. Se puso tan contento que quería llevársela al instante, pero luego decidió venir para conversar con Milord y con ella.

En ese momento John se sintió mal y debieron darle un remedio para que reaccionara. Era el miedo de perder a Julie, que lo atormentaba.

En su carta, Paul contaba a Julie que había llorado mucho, de alegría y desesperación, porque cuando recién la había visto, había sentido que Trinidad le decía "Aquí está tu hija, fruto de nuestro amor, ¿ves? es idéntica a mí, no debes ignorarlo Paul, tómala y llévatela, hazte cargo de ella, quiérela por los dos". Pero cuando John contó la historia a su manera, no dudó de su buena fe, pidiendo solamente su libertad.

Cuando se fue, la llevaba en el corazón. Ahora había mucho que conversar y aclarar. La amaba tanto, o más de lo que había amado a Trini, como se ama a una hija, con el alma, no quería que ella sufriera. Todo se arreglaría a la buena, para que luego reinara la tranquilidad. No quería acelerar la muerte de John, porque sabía que él,

Paul, tenía mucha culpa de su sufrimiento, y trataría de enmendarlo.

“Mi querida hijita, agregaba Paul en su carta, no quiero que estés triste, no quiero que sufras, espérame tranquila, que yo haré lo que tú quieras amor, solo lo que tú quieras. En la carta de John éste me dice que tú no quieres irte de ahí, pero quieres estar conmigo, que me adoras como yo te adoro. Juntos iremos a la tumba de tu mamá, besaremos su lápida, para contarle que al fin nos hemos reunido.

He mandado a Jim un poco antes que yo, para tranquilizarte, muy luego estaré junto a ti. Dile a John que me espere.

Un abrazo para todos: John, Helen, Mrs. Woodward, Ann, Tommy, Miss Mary, William, “Labrador”.

Y para ti mi querida, mil besos , mi alma y mi corazón.

Tu papá, Paul”.

Julie leyó la carta a todos y lloró de felicidad. Desde ese instante el sufrimiento se apoderó de ella, un temor terrible... ¿Y si ahora que iba a ser feliz, se hundía el barco?

No sería la primera vez que le pasaba, sus padres adoptivos habían muerto en un naufragio, en un barco de pasajeros. Casi no dormía en las noches, pasaba el día con el Barón y paseando con Helen por el parque, ya se estaba poniendo frío, su corazón estaba igual que el tiempo, la angustia la atenazaba.

Papá, papá... llega pronto por favor. Que Dios te proteja...

Capítulo XXXIII

Los días se hacían cada vez más lentos para todos en el castillo, especialmente para Julie, que sufría pensando que el destino le quitaría de nuevo a su padre.

Pero aquella mañana de un frío día de otoño, cuando ya estaba por llegar el invierno, recién levantada para acudir a la habitación de su tío John, al asomarse al balcón vio venir a lo lejos un jinete que se acercaba por el camino. Sintió como golpeaban los cascos del caballo en el empedrado, lo divisó con su traje de montar, su sombrero, galopando a todo dar y le pareció el hombre más hermoso de la tierra. Bajó corriendo las escaleras, gritando:

-¡Es papá!, ¡Helen! ¡Es papá!

Patrick ya corría a recibirlo, junto con Helen, Ann, las doncellas, Jim y el resto de la servidumbre.

El Jinete y el caballo eran hermosos y gallardos. Paul no podía más de alegría, saltó del lindo animal y abrazó a su hija, a la que recordaba aún pequeña, pero ya con quince años, estaba preciosa, era una bella jovencita. Julie sentía salirse el corazón del pecho, la emoción la hizo llorar. Ese abrazo duró una eternidad, demostró el amor que no se compartió durante tantos años. Pasado el primer momento en que Paul y Julie se sintieron en las nubes, olvidándose de todos, éste se volvió a saludar a los demás, sin restar a ninguno. Luego dijo a Jim que fuera a buscar su equipaje, dándole las

instrucciones, pero que antes atendiera a su hermoso caballo café dorado llamado "Sol", que ya empezaba a hacer amistad con "Labrador".

-Sí, amito, dijo Jim.

-¡Ea! recuerda lo que te he dicho, dijo Paul.

-Sí señor, contestó Jim, sonriendo.

Luego tomando de la mano a su hija, le pidió que lo llevara donde John, el que estaba acompañado de Katherine. Paul besó su mano, saludando luego a John.

-¿Has tenido un buen viaje?, preguntó el Barón.

-Sí, pero se me ha hecho muy largo, ansiaba llegar, ansiaba ver a mi hija.

-¡Papá, querido papá!, dijo Julie emocionada- ¡Tenía tanto miedo que tuvieras un accidente, que algo te sucediera en el camino, el destino nos había tenido tanto tiempo separados!

-Ese destino fui yo -dijo John.

-¡Oh, tío John, Ud. ha sido un padre para mí. Lo amo mucho, las circunstancias de la vida, lo hicieron actuar así, dijo Julie. Ya, deje de sufrir por eso ¿Verdad papá?

-En efecto Julie, dejemos los rencores a un lado.

-Bueno, dijo John, atiendan a Paul, muéstrenle su habitación, ya conversaremos sobre muchas cosas importantes que debemos resolver.

Patrick, llevó a Paul a sus habitaciones; Ann y Helen lo atendieron en el comedor, mientras Julie no se despegaba de su lado.

-Estoy asombrado de lo linda que te has puesto Helen, comentó Paul, estás distinguida y hermosa. Te agradezco lo bien que has cuidado a mi hija.

-Gracias Sr. Paul, dijo Helen, haciendo una genuflexión y sonrojándose.

-Es verdad, mi niña ha sido feliz contigo. Ah, pero no veo a Tommy.

-Vendrá para las vacaciones de invierno, papá, las que serán muy pronto.

-Ese muchachito merece todo mi cariño.

-Ese muchachito tiene diecisiete años y mide lo que Ud., es sumamente alto, salió a su padre, dijo Helen.

-Tengo muchos deseos de verlo. Pero abrígate hija, lo primero que haremos es ir a contarle a tu madre que al fin estamos juntos.

Julie se puso una capa y ambos salieron abrazados, por el parque cubierto de hojas secas, tan hermoso como siempre y se dirigieron a la tumba de Trini. Cogieron unas flores de la estación, las dejaron sobre la lápida, se arrodillaron besándola con amor. ¡Cuánto habían sufrido, quince años sin poder reunirse!

-Ahora, dijo Paul, estamos aquí querida Trini, mi gran amor, con el fruto de nuestro cariño, nuestra hermosa hija Julie. Tu alma se regocijará en el cielo al vernos juntos.

Estuvieron rezando mucho rato, luego se abrazaron, hasta que Helen los vino a buscar pues John deseaba conversar con Paul.

Éste se dirigió a la habitación del Barón, encontrándolo acompañado de Mrs. Woodward., que estaba sentada en un sillón junto a él, con muchos documentos en su falda, los que entregó al Barón cuando Paul entró.

John se los pasó diciéndole: quiero que leas estos documentos a solas en tu habitación, son una copia de mi Testamento en el que dejo como mis herederos de todos mis bienes, que son bastantes, a mi hijo Tommy y a mi sobrina lejana Julie. Porque ¿Tú sabes que Tommy es mi hijo, verdad? y reconocido.

-Todo se sabe John en este lugar.

-Continúo. A mi sobrina Julie Hamilton, si tú lo deseas, deberemos ponerle tu apellido, por lo que habría que corregir el Testamento, porque tú sabes Paul que en Inglaterra, se puede dejar como heredero a cualquier persona, no es necesario que sean consanguíneos.

-Sí, pero me gustaría que mi hija llevara mi apellido.

-Si tú lo deseas, así será. Ve a tu habitación y lee esta copia del Testamento, si estás de acuerdo, llamaremos al Notario mañana.

-Perdona John, ¿Y Mrs. Woodward, tu fiel amiga, no tocará nada?

-Ella es más rica que yo Paul, tiene mucho dinero, su marido la dejó muy bien al morir. Me acompaña porque no soporta la soledad. Se ha encariñado con los niños, ahora jóvenes, los que la consideran su tía. Por eso le ofrecí vivir aquí con nosotros.

-Mrs. Woodward perdone Ud., mi intromisión, dijo Paul.

-No tiene importancia Sr. Spencer.

-Bien me retiro a leer estos documentos.

-Pero antes, dime Paul, ¿Te quedarás a vivir en el castillo, si Julie te lo pide?

-Haré lo que ella me pida. Podría volver a mi país, pues mi padre me dejó una gran fortuna, pero antes está la felicidad de mi hija. Te aseguro sí que ocuparé mi dinero para vivir, haciendo continuos viajes a mis tierras para ocuparme de mis rentas.

-Paul, antes que te vayas a tus aposentos, debo hablarte.

-Yo me retiro, dijo Katherine Rosse.

John y Paul quedaron solos. Tal como lo dijo Helen, John conmovido le pidió perdón por haberle ocultado su

hija. Al principio fue por odio, dijo, pero luego por amor. La muchachita era tan encantadora, que me conquistó el corazón. Nunca debí hacer todo lo que hice, nunca debí golpear a Trini, ni encerrarte. Perdóname Paul te lo suplico, perdóname.

-Te perdono John, porque me lo tengo merecido. Ella era tu mujer. A un comienzo me acerqué a Trini por piedad, pero luego me enamoré sinceramente, era adorable. Pero no hablemos más de esto, también necesito tu perdón, todo se ha arreglado; lamento que estés tan enfermo.

¡Oh, gracias Paul, gracias, yo también te perdono amigo! Debo decirte que he notado, a causa de ser un "zorro viejo", que los jóvenes, Julie y Tommy están profundamente enamorados, seguramente yo ya estaré muerto cuando ellos lleguen a concretar su amor, espero que no pongas atajo a esta unión por ser Tommy hijo de Ann.

-Siento recuperar a mi hija y perderla casi de inmediato, pero Tommy es un chico encantador, te diré que en América no tenemos grandes prejuicios al respecto, no somos como los ingleses.

-No será tan pronto Paul, pues Tommy debe terminar sus estudios y hacerse cargo de todos mis negocios y rentas. Debería ser en unos dos años más. Te lo digo aunque ellos no me han manifestado nada, al menos con las palabras, pero sí con las miradas y el corazón.

Paul rió diciendo: bien John, me retiro para que dejemos estos papeles en orden. Te agradezco enormemente la herencia que has dejado a mi hija.

-Era la hija de Trini, podría haber sido mía, dijo John, se merece esta herencia.

Una vez más, muchas gracias John. Me retiro a mi aposento, volveré después de la cena.

Helen, Ann, Julie y Miss Mary, estaban tomando el té, cuando Katherine salió corriendo de la habitación de John, llamando a Patrick para que fuera por el médico.

Su corazón casi no había resistido ese agitado día y las atenciones de ella no resultaron.

Todo el Castillo se movilizó, Patrick salió en el carruaje en busca del Dr., por sus mejillas corrían lágrimas, el Barón había sido bueno con él, no deseaba su muerte. El viento frío del invierno y gotas de lluvia que se confundían con su llanto, le golpeaban el rostro, mientras rogaba a Dios porque su amo no se fuera tan pronto.

Capítulo XXXIV

Cuando Patrick llegó con el médico, John estaba un poco mejor con las atenciones de Katherine. Todos menos ella salieron de la habitación y después de examinarlo, el Dr. preguntó al Barón:

-¿Qué hiciste? ¿Te levantaste o has tenido muchas emociones?

John rió:

-Tengo el alma limpia, querido amigo, estoy listo para morir.

-Te vendré a ver nuevamente en las últimas horas de la noche.

-Seguramente ya no me encuentras vivo.

-Si quieres me quedo.

-No, ve a tus obligaciones.

-Mrs. Woodward, dele esta pócima, si tiene dolor -dijo el médico sacando un frasquito de su maletín.

-Sí Dr., dijo ella.

Cuando salió de la habitación, habló con Paul y Julie, diciéndoles que mandaran en busca de su hijo de inmediato, el deceso podía producirse de un momento a otro.

-Ya no puedo hacer más, volveré a las once de la noche, dijo, le dí instrucciones a Mrs. Woodward.

Jim salió con uno de los carruajes a buscar a Tommy y una carta escrita para el Director por tía Katherine. Ésta no se movía de su lado, junto con Julie.

John esperó a su hijo, éste llegó a las dos de la madrugada, besó a su padre, tomó su mano derramando unas lágrimas. Antes de entrar se había abrazado con su madre Ann, que lo esperaba ansiosa.

Estaba muy emocionado. Muy hermoso, aún crecía, iba a ser tan alto como el Barón, tenía la estirpe de un Hamilton. Se sentó junto a Julie y John dijo:

-Qué hermosos se ven los dos, mis hijos queridos! ¡Cuánto me alegraría que unieran sus vidas para siempre!

Julie se sonrojó y Tommy dijo:

-¿Tú crees papá que Julie me querrá como esposo, sabiendo quién es mi madre?

-¡Tommy qué injusto eres, después de tantos años aún no me conoces! contestó Julie muy dolida ¡Sabes cómo quiero a Ann y a tu hermana, Helen es como una madre para mí! ¿Cómo puedes pensar tan mal, sin haberte dado cuenta de mis sentimientos?

-Perdóname Julie, pero desde niño te he amado y entonces te sabía imposible. Después cuando me revelaron quién era mi padre, te sentí más cerca, pero no estaba seguro si lo nuestro era una amistad, o si me querías como hermano, por haber pasado juntos gran parte de nuestra infancia. Pero la verdad, es que en este momento me haces inmensamente feliz, a pesar de los tristes instantes que vivimos, porque ¿Me amas? ¿Verdad?

-Con todo mi corazón, dijo Julie, emocionada.

John escuchaba feliz. Sus niños se amaban, entonces habló:

-Deben comprometerse. Haz entrar a Paul y Ann, Julie.

Cuando ellos hubieron entrado, Tommy dijo:

-Querido Paul, te pido formalmente la mano de tu hija.

-Es un honor para mí darte a mi hija. Sé que ella te ama y estará feliz de casarse con su amigo de la infancia, hijo del Barón Hamilton y de Ann Wilson la madre de Helen ¡Esto es maravilloso Tommy!

A pesar que la muerte rondaba el lugar, allí todo era felicidad.

John tomó la palabra-

-Desde este momento están comprometidos. Tommy, ve a aquella mesita y trae ese joyero.

Cuando el joven se lo entregó, él escogió un hermoso anillo de platino con un brillante del porte de una lenteja y se lo pasó.

-Pónselo a la novia, era de su madre, de Trinidad.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Julie. El anillo le quedó perfecto.

-Ahora, dijo John, bésala, quiero verlos amarse, una vez que sea.

-¡Oh tío, dijo Julie, mirando a su padre.

El asintió con la cabeza y sonrió.

Se besaron, fue el beso más tierno que John había visto, estaba pleno de felicidad.

John volvió a hablar

-Querido hijo, debes primero terminar tus estudios, luego dedicarte por lo menos un año a aprender la administración de mis bienes, que ya son tuyos. Mi abogado y Paul te ayudarán. Después de aquello se casarán, les deseo que tengan muchos hijos.

Todos sonrieron, Julie y Tommy tomados de la mano se miraron a los ojos con pena, porque perderían a John, pero también con alegría por el futuro que les esperaba.

Capítulo XXXV

Aquellos días fueron los más tristes que había vivido Julie.

Ya estaban de vuelta de la Misa y la Sepultación del Barón. La joven corrió a su habitación, se tendió en la cama y lloró intensamente por la muerte de su querido tío.

Tommy y Paul recibieron a la gente en el salón. Mrs. Woodward entera vestida de negro atendía a todos con los ojos rojos y la tristeza en el rostro. Era ayudada por Helen y Ann, también de negro.

Aquel fue un largo día. En la tarde, todos partieron a sus casas y Julie debió bajar a despedir a las personas que los habían acompañado.

Se apoyaba en Paul y Tommy, pero de pronto se abrazaba con Helen, que era como su madre.

Pasaron los días, todos se consolaban entre ellos, pues se notaba enormemente la falta de John.

Mrs. Woodward anunció que volvería a su casa, ya no tenía más que hacer ahí, pero le suplicaron que se quedara, pues era la tía que amaban. Ella les agradeció su cariño, accediendo a permanecer con ellos.

Tommy volvió al colegio.

En las mañanas Paul cuidaba su jardín y se ocupaba de los negocios de Tommy, mientras éste pudiera hacerse cargo de ellos.

En las tardes Helen ayudaba a Paul, pues conocía

todo tipo de plantas y flores ya que había trabajado en él, con William, cuando Paul estuvo ausente.

Ahora conversaba con éste sobre el cuidado y el riego, sobre la ornamentación, qué flores se plantaban al sol y cuales a la sombra, tanto que Paul estaba admirado de lo que sabía. Poco a poco la amistad entre ellos fue creciendo y transformándose en una atracción que los mantenía juntos cada instante del día.

Julie ayudada por Ann, preparaba su ajuar de novia como se estilaba en esos años.

Paul no podía disimular el placer que sentía al conversar o estar cerca de Helen, a la cual el amor había transformado. Estaba delgada y como era alta se veía esbelta y muy hermosa, con su pelo oscuro recogido en un moño, tan suave y tierna como siempre.

Transcurrió un año y Tommy volvió del Internado, dedicándose a trabajar con el abogado de John, para conocer de sus rentas y negocios, bajo la supervisión de Paul.

El romance entre Tommy y Julie era intenso. Cuando el joven llegaba al castillo, pasaban haciendo mil proyectos para el futuro.

Paul y Helen actuaban como padres, pero aún no habían consolidado nada de lo suyo. La muchacha sufría mucho, amaba a Paul con todo su corazón, pero él callaba. En aquella época era inimaginable que una mujer declarara su amor, incluso hasta hace poco. Helen pensaba, que él aún no había olvidado a Trinidad. "Seguramente me compara con ella y no le llego ni al tobillo", se decía.

En una ocasión que estaba en la habitación que ambas aún compartían con Julie, ésta le preguntó por qué estaba tan triste. Helen se echó a llorar, no podía hablar, el llanto la ahogaba. Al fin dijo:

-Es algo que no te puedo decir querida, seguramente no te gustaría.

-¿Tú crees que todavía soy una niña? ¿Que no me doy cuenta que amas a papá?, lo extraño es que tú no hayas reparado en que él te ama.

-Oh no Julie, él no me ama. He tenido miedo que tú me odieras por querer reemplazar a Trinidad.

-Helen, siempre la has reemplazado, tú has sido mi mamá en este mundo.

-¡Oh, mi querida niña, eres tan generosa!

-No habría mayor felicidad para mí, si te casaras con papá -¿Te ayudo Helen?

-No Julie, él debe decirlo, creo que aún quiere a Trinidad.

-Es solo su recuerdo, ahora te tiene a ti, debes demostrarle tu amor. Pronto me casaré con Tommy, sería hermoso que fueran dos bodas juntas, dijo la niña.

Ese día Paul los llamó a los tres, los llevó hasta el Muro y dijo:

-Julie, este Jardín se los regalo a Tommy y a ti, para que gocen de él y de la hermosa naturaleza que existe en su interior.

-Gracias papá, te quiero con todo mi corazón. Verás lo que haré con él. Se llamará "El Jardín de mi niñez".

Todos sonrieron felices, Tommy y Julie se abrazaron.

Volviéndose, Paul tomó de la mano a Helen y la condujo hacia el parque, la emoción conmovió a la muchacha...

Capítulo XXXVI

En aquel momento estaban a punto de arrancar la enorme puerta del muro y Julie despertó de sus pensamientos.

-William, ten cuidado, dijo, recuerda que los pajaritos, abejas, abejorros y mariposas se pueden escapar de este paraíso.

-Ni lo sueñe Milady, y si lo hicieran se encontrarían con un parque tan hermoso que no lo notarían.

William y los trabajadores, dejaron a la vista una enorme entrada que fueron cubriendo en el arco en que se apoyaba la puerta con la enredadera de rosas silvestres que la cubría anteriormente.

¡Qué hermoso jardín había hecho su padre, esperando a Trinidad!

Julie no le podía decir mamá, ya se había acostumbrado a pensar en Helen como su madre.

En aquel momento llegaron corriendo desde el castillo tres bulliciosos niños. Dos más o menos de la misma edad, unos cuatro años y un bebé de dos, que se tomó de las faldas de Julie. Venían seguidos por Helen y Miss Mary, tan simpática como siempre pero con más años. Atrás venía apoyándose en un bastón Mrs. Woodward.

En ese momento aparecieron a la distancia acercándose a caballo, Tommy y Paul, entonces los pequeños gritaron:

-¡Papá! ¡Papá!

Ellos se bajaron del caballo y el bebé y la niña rubia corrieron hacia Tommy. La otra de pelo oscuro y ojos como el tiempo, corrió hacia Paul.

Todos contemplaron cómo se formaba el arco de rosas, abriéndose el jardín a la vista de todos, aquel jardín que tantos secretos ocultó.

Patrick trajo a dos criadas con bandejas con vasos y botellas de champagne. Las destapó allí con ayuda de Ann.

Todos brindaron por la felicidad que los rodeaba, recordando con cariño a John Hamilton.

Julie se secó unas lágrimas, Tommy la abrazó.

-Si no fuera por él, no tendríamos nada, dijo.

-Bueno, pero no es así, amor, mira los hermosos niños que tenemos: Triny y John.

Helen, dijo.

-Esto me parece un sueño, cuando me acuerdo del horrible orfanato en que viví, del que nunca soñé salir. Ahora estoy aquí casada con mi amado Paul, mi hijita Ann, con mamá, mi hermano y Julie, si esto parece obra de Dios. Él mandó al Barón al mundo, para que nos diera la felicidad.

-Helen, dijo Julie, no sabes cuánto te quiero, si no fuera por ti ¿Quién me habría cuidado?

-Siempre te querré como una hija, mi pequeña Julie, más ahora que estoy casada con tu padre.

-Bueno -dijo Paul- Lo mejor que podemos hacer es admirar las rosas, así que entremos.

-¡Cuántas veces entré aquí a escondidas! -recordó Tommy, el actual Lord del Castillo-, con mi querido "Labrador" que está tan viejito que apenas se mueve.

-¡Cuánto nos ayudó ese perro!, agregó Paul, ¡ Si es como una persona!

Riendo y conversando, en medio de los juegos de

los niños, entraron al jardín adornado por rosas de todo tipo y colores, perfumes y matices variados. Así como había sido la vida de los protagonistas de esta historia que jamás, jamás olvidarían a John Hamilton, el Barón.

Fin.